

---

Ivana INCORVAIA

Universidad Autónoma de Entre Ríos (Argentina)

ivana.incorvaia@gmail.com

# Modos de narrar la nación y configuración del drama pasional porteño: *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz

**Resumen:** El presente artículo analiza *El hombre que está solo y espera*, de Raúl Scalabrini Ortiz, ensayo argentino publicado en 1931. Específicamente, lleva a cabo una indagación partiendo del modo singular de narrar la nación argentina y fundar un mito de origen para definir la identidad nacional. A través de la metáfora como recurso recurrente, el texto traza un conflicto identitario profundo, denominado aquí drama pasional porteño, signado por el período de entreguerras, la primera gran crisis capitalista mundial y el nuevo impacto inmigratorio local. Atravesado por este contexto, Raúl Scalabrini Ortiz crea un hombre-arquetipo oriundo de la moderna ciudad de Buenos Aires habitada por inmigrantes, pero caracterizado como encarnación de lo argentino. A partir de este modelo de reflexión sobre lo nacional, reivindica lo propio, elabora una visión metafísica de la tierra, medita sobre la voz porteña y su habla, sospecha del capital extranjero y toma distancia de los intelectuales. Así, cada uno de estos puntos, tópicos centrales del ensayo, se desglosarán aquí junto a una idea de la pasión, propuesta como herramienta para definir y resguardar lo propio nacional.

**Palabras clave:** identidad nacional, drama pasional porteño, arquetipo porteño.

**Abstract:** This article looks at *El hombre que está solo y espera* by Raúl Scalabrini Ortiz, an Argentine essay published in 1931. Specifically, it investigates such a unique way of narrating the Argentine nation and found a myth of origin to define national identity. Through metaphor as recurring resource, the text draws a deep identity conflict, called here drama pasional porteño, passionate drama of the native or inhabitant of Buenos Aires, marked by the interwar period, the first major global capitalist crisis and the new local immigration impact. Crossed by this context, Raúl Scalabrini Ortiz creates a man-archetype, a native of the modern city of Buenos Aires inhabited by immigrants, but characterized as the embodiment of the Argentinean. From this model of reflection on the national, claims the own, produces a metaphysical view of the earth, meditates on the porteña voice and speech, suspects of the foreign capital and takes distance from the intellectuals. Thus, each of these points, central issues of the essay, will be broken down here next to an idea of passion, proposed as a tool to define and safeguard the national self.

**Key Words:** National Identity, Drama pasional porteño, Porteño Archetype.

Recibido: 02/09/2013 - Aceptado: 28/10/2013

# 1. La nación como problema

*El hombre que está solo y espera* (1931), de Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959), es uno de los textos ensayísticos más importantes sobre la nación argentina y su identidad, que postula y desarrolla una hipótesis original y única entre sus contemporáneos. Si bien la crítica literaria argentina desarrolló cierto interés por la producción del autor ingresándolo como canon institucionalizado en la organización del sistema literario como *historia de la literatura* (desde la historia de la literatura argentina publicada en los años sesenta por el Centro Editor de América Latina, hasta las más recientes, mencionan sus escritos), este interés ha resultado parcial. A diferencia de otros textos del período, que proporcionaron una vasta proliferación de estudios, los trabajos de investigación literaria acerca de *El hombre...* son pocos y escuetos (entre ellos, encontramos artículos como los de: Prieto, 1969, Sarlo, 1988 y Blanco, 2002). Conjuntamente, se generaron lecturas cristalizadas que, o bien tendieron a fijarlo como relato profético de las multitudes peronistas de 1945, surgido entonces sin más como contracara de la llamada *década infame*, o mero precursor del pensamiento nacional y popular (es el caso de una vertiente del llamado revisionismo histórico argentino y de los textos militantes peronistas), o bien lo establecieron en oposición a esta lectura, sólo en función de su contexto literario anterior: es decir, ligado exclusivamente al programa del grupo *Florida*, espacio vanguardista en el que el autor participó durante los años veinte.

La trayectoria y producción de Scalabrini Ortiz es heterogénea; sus escritos incluyen ficción, cuentos, poemas, artículos periodísticos disímiles, ensayos e investigaciones ligadas al campo de la política y la economía. Por ello, vale aclarar que en este trabajo sólo nos abocaremos a indagar su ensayo publicado en 1931, como reflexión singular de la nación y su identidad en un momento específico de la Argentina moderna; pero sorteando lecturas estereotipadas, contribuyendo con esto, desde una distancia crítica necesaria, a cubrir un lugar de relativa vacancia.

En principio, conviene precisar desde qué punto de vista se conciben algunas nociones operativas fundamentales. Pensar la nación, concepto crucial en la historia moderna, pone en marcha un ejercicio complejo. Quizás no haya fenómeno más intenso que movilice y despierte tanto interés en la búsqueda de definiciones precisas o convincentes. Sin embargo éstas, tan pronto como se afirman se desvanecen en un mar de contradicciones y réplicas varias, entre las que conviven desde postulados científicistas hasta las aseveraciones más

irracionales. Introducir el problema de la identidad nacional vuelve el asunto más escurridizo, sobre todo al considerar las distintas posturas nacionalistas y los modos en que ellas han configurado diversos mitos de origen sobre la nación. Un *mito de origen* puede considerarse un relato fundante de algunos aspectos de la civilización, entre los que se destacan aquellos dedicados a la identidad nacional. Según Parek, un nacionalista relata su nación preocupado por preservar la integridad de la familia nacional y definir quién es un verdadero integrante de ésta. Su concepción sobre ellos se vuelve la base de su moralidad colectiva, dando forma a sus visiones sobre cómo deben constituirse la familia, las relaciones entre los sexos, la escuela, la vida civil y política, etcétera.<sup>1</sup>

Al decir de Hobsbawm,<sup>2</sup> los criterios objetivos para definir la nación han fracasado, bien porque los casos no se ajustan a las definiciones, o debido a la presencia de excepciones recurrentes, o porque no se dan las combinaciones de criterios objetivos que serían necesarias para alcanzar una definición sólida.<sup>3</sup> Aun así, no se dejó de especular ni de insistir sobre este asunto, como tampoco se abandonó la voluntad de proponer algún aserto. No obstante, parecen ser más recurrentes, hasta mayormente exitosas, las consideraciones de orden emotivo antes que las de orden racional. La nación, lo nacional, la nacionalidad, el nacionalismo, son construcciones o creaciones modernas que generaron profundos sentimientos de apego y amor, con frecuencia desligados de la reflexión histórica, despertando además pasiones diversas, a veces encontradas, por momentos hasta inexplicables.

Anderson afirma que la construcción de una nación, como la de su identidad, implica una tarea de *imaginación*, en tanto se imaginan su origen, unidad y homogeneidad y se le adjudica la comprensión de un todo, aun cuando nada de esto llegue a refrendarse empíricamente ni a demostrarse

<sup>1</sup> Cf. Bhikhu PAREKH: *El etnocentrismo en el discurso nacionalista*. En: Álvaro FERNÁNDEZ BRAVO (comp.): *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial, Buenos Aires, 2000.

<sup>2</sup> Cf. ERIC HOBSBAWM: *Nación y nacionalismos desde 1780*. Crítica, Barcelona, 1991, pp. 13 y 14.

<sup>3</sup> Puede citarse, a modo de ejemplo, la definición de Stalin, quizás la más significativa respecto de una voluntad de delinear criterios objetivos: “Una nación es una comunidad estable, fruto de la evolución histórica, de lengua, de territorio, vida económica y composición psicológica que se manifiesta en una comunidad de cultura”, en *El marxismo y el problema nacional y colonial*, de 1912.

de modo fehaciente.<sup>4</sup> De este modo, se cubriría el vacío emotivo que deja la comunidad real, cuya comunión, uniformidad y homogeneidad resultan objeto de un anhelo profundo, tanto como ilusorio.

Por eso quizás la recurrencia en establecer, definir o simplemente aludir a *lo* nacional, un neutro que sugeriría una grupalidad sin fisuras o la inevitabilidad de suprimir *lo* heterogéneo. Señala Rosa que, justamente, el intento de borrar tal heterogeneidad del todo social, “un colectivo imaginario que puede llamarse en la historia de su constitución pueblo o nación y, jurídicamente, Estado, es la forma que subyace en la ideología fuerte de la grupalidad, de la tribu, sobre el fundamento de la homogeneidad imaginada del mismo”.<sup>5</sup> Si detrás de una idea de nación se trata de fijar o cerrar grupalidades o entidades que son históricamente nuevas y cambiantes en “una estructura de permanencia y universalidad”,<sup>6</sup> ¿cómo lograr una definición o una identidad estable, uniforme y homogénea de algo tan dinámico sin apelar a cierto artificio o a la imaginación?

<sup>4</sup> Cf. Benedict ANDERSON: *Comunidades imaginarias Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993. Aunque el trabajo de Anderson haga foco en el desarrollo de la imprenta como dispositivo clave en la imaginación de comunidades homogéneas y refiera al surgimiento de las naciones americanas y sus nacionalismos durante los siglos XVIII y XIX (véase el capítulo “Los pioneros criollos”), importa aquí su postulación general —desarrollada principalmente en su primer capítulo— de que las naciones no serían producto de condiciones sociológicas dadas, como la lengua, la raza o la religión, sino que habrían sido imaginadas en su existencia. Desde dicha perspectiva, la nación resulta una comunidad imaginada porque aunque sus miembros nunca lleguen a conocerse tienen en sus mentes una imagen de la comunión; se imagina limitada porque no hay deseo ni pretensiones de incluir a la humanidad toda; se imagina soberana porque surge en el contexto de la Ilustración que deslegitima los reinados dinásticos; y se imagina como comunidad porque a pesar de las desigualdades económicas, sociales, culturales, etc., se presupone una igualdad o camaradería horizontal. *Comunidades imaginadas* entiende la nación, la nacionalidad, el nacionalismo, como *productos culturales*, como *artefactos*, en términos de construcción o creación, que deben abordarse desde una perspectiva histórica, para poder comprender también su legitimidad emocional, sin caer en apreciaciones atemporales. Patricia Funes señala que “visiones cristalizadas por la educación, la historia, el sentido común, parecen clausurar la temporalidad de las naciones. Pareciera entonces, que han existido por siempre y que jamás dejarán de existir. Es que, en parte, el esfuerzo de ingeniería política que supone la creación de «comunidades imaginadas» reside precisamente en elaborar rotundas e intemporales imágenes de autorreconocimiento que permanezcan más o menos indemnes ante el vertiginoso cambio inherente a las sociedades modernas” (Cf. Patricia FUNES: *El pensamiento latinoamericano sobre la nación en la década de 1920*. En: *Boletín Americanista*, Año II. Universidad de Barcelona, Facultad de Geografía e Historia, Sección de Historia de América, Barcelona, 1999, p. 106). Bhabha, por su parte, propone estudiar las naciones a través de sus discursos narrativos, es decir a partir de estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, subtextos y estrategias figurativas, en la medida en que la nación, como forma de *elaboración cultural*, es una agencia de narración ambivalente que sostiene la cultura en su posición más productiva (Cf. Homi BHABHA: *Narrando la nación*. En: Álvaro FERNÁNDEZ BRAVO (comp.) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial, Buenos Aires, 2000, pp. 211-219. Así, suponiendo a la nación y su identidad como construcciones imaginadas, lo que concierne a este trabajo no es postular ni inmiscuirse en la verdad o la mentira de una nación. Al concebirla como producto histórico y cultural, interesa pensar cuál es la forma en que se la imaginó y de qué modo ha sido narrada, aún en el siglo XX.

<sup>5</sup> Nicolás ROSA: *La sinrazón del ensayo*. En: Nicolás ROSA (ed.): *Historia del ensayo argentino: intervenciones, coaliciones, inferencias*. Alianza, Buenos Aires, 2002, p. 41.

<sup>6</sup> Cf. Eric HOBBSBAM: *Nación y nacionalismos...*, p. 18.

Las reflexiones sobre la nación han puesto en marcha, a lo largo de la historia, multiplicidad de relatos que pueden enmarcarse dentro de distintas especificidades genéricas. En Argentina, el ensayo fue el género que meditó sobre sus avatares con mayor preponderancia. Desde los escritos surgidos luego de los sucesos de independencia —fundamentalmente, el *Facundo* de Sarmiento— hasta los distintos hitos que conforman el caudal ensayístico del siglo XX, la presencia de una expresividad y vehemencia discursivas como valor de peso indiscutible podría sugerir que, allí donde los criterios objetivos fracasan, la imaginación es capaz de lograr algo inusitado, dar cuerpo a aquello que en la experiencia se vuelve un observable imposible: la afirmación de lo nacional como manera de otorgar sentido y explicación a las preguntas de quiénes somos y adónde vamos.<sup>7</sup>

Hacia 1916, antesala del contexto en el que aparecen los primeros escritos de Scalabrini Ortiz, el radicalismo propiciaba el surgimiento de corrientes de corte nacionalista o de reivindicación de lo nacional, distanciadas de argumentos hispanófilos o postulaciones elitistas y aristocratizantes. En este nuevo escenario, signado por el estallido de la Gran Guerra y la Revolución Rusa de 1917, toman protagonismo en el terreno de la cultura algunas polémicas literarias de Buenos Aires representadas a través de los grupos de *Boedo* y *Florida*. Mientras *Boedo* difundía la literatura catalogada como *social*, principalmente los clásicos revolucionarios rusos, *Florida* introducía de la mano de Borges el ultraísmo español, condenando categóricamente la estética

<sup>7</sup> Específicamente, la meditación sobre lo nacional argentino se remonta a los mismos procesos de organización posteriores a la independencia. La tradición interpretativa inaugurada en este momento, dentro y fuera del ámbito literario, desplegó una serie de modos de narrar la nación que adquirió modulaciones diversas a lo largo de la historia, aunque con la constante de la configuración de un *otro* como responsable de los males de la nación. La denominada *Generación del 37* —Echeverría o Sarmiento, entre otros— propuso modelos de nación y gobierno específicos, ideando posibles soluciones a los conflictos civiles suscitados por la presencia de lo que consideraban bárbaro: el indio y el gaucho. Tal lectura originaba una dicotomía resonante en distintos aspectos, una lógica binaria ordenadora de la cultura argentina que habría de perdurar significativamente: la contradicción o el enfrentamiento entre la civilización y la barbarie. En la década del ochenta, el problema nacional se redefine y las operaciones narrativas parten de modelos cientificistas ligados al positivismo. Con la constitución definitiva del Estado moderno y la consumación de lo que sus mentores catalogaron como *Conquista del desierto*, en la pluma de Bunge, Ramos Mejía o Cambaceres, por ejemplo, fueron los inmigrantes y su supuesta inferioridad racial el obstáculo fundamental del tan aludido progreso de la nación, que prácticamente nadie discutiría hasta la Primera Guerra Mundial. Ya en los albores del centenario, las controversias se reanudan, aunque desde perspectivas diferentes. En la primera década de siglo, en Latinoamérica se difunden corrientes como el arielismo, el espiritualismo y el regeneracionismo español del 98. La crisis producida por la Gran Guerra llevó a revisar varias nociones hasta el momento incuestionables, objetándose así la idea de progreso indefinido, la confianza en la Razón y las certezas impuestas por el orden liberal. En Argentina, Manuel Gálvez o Ricardo Rojas, por ejemplo, manifestaron un rechazo exacerbado a la ciudad cosmopolita, que dejaba de ser *la gran aldea* y se convertía en el centro de la expansión del progreso económico y cultural. Ahora el gaucho, como lo muestra *El payador* (1916), de Lugones, no representaba la realidad bárbara, sino que se convertía en símbolo de la tradición nacional que el progreso, y esencialmente la inmigración, amenazaban destruir.

modernista y convirtiendo el arrabal en materia poética. Con búsquedas renovadoras, el grupo nucleado alrededor de la revista *Martín Fierro* definía un programa literario propio que Sarlo y Altamirano denominaron *criollismo urbano de vanguardia*,<sup>8</sup> fórmula que aspiraba a dar cuenta de la singularidad con la cual la literatura nativa, urbana y moderna, procesó las propuestas novedosas de la literatura europea, sin cortar por ello con ciertos legados propios de la tradición nacional.

En 1928, año de sucesión presidencial, al concluir el gobierno de Marcelo T. de Alvear (representante del sector aristócrata del radicalismo), el grupo *Florida* se disuelve como tal (*Martín Fierro* deja de publicarse debido a los debates, en los albores electorales, sobre el apoyo o no a una candidatura), e Irigoyen obtiene un nuevo triunfo. Sólo dos años después de asumida la presidencia se produce un golpe militar que interrumpe el mandato. Tanto este acontecimiento, como la gran crisis capitalista del año 1929, suelen considerarse cruciales para la interpretación de la década del treinta en Argentina. Hay discusiones y distintos puntos de vista en relación con el condicionamiento de los factores históricos para definir las nuevas inquietudes en el campo literario. Es dable aseverar que no hay una sincronía mecánica entre la serie histórica y la literaria. Las expresiones suscitadas a partir de este vínculo no se presentan de forma directa y homogénea, ni siempre pueden circunscribirse exclusivamente, ni de forma aislada, a una década en particular. En la reflexión puntual sobre el decenio de los treinta, existen debates historiográficos profundos, principalmente en lo referido a la fórmula acuñada por el historiador José Luis Torres: *década infame*. Para ejemplificar uno de los aspectos de esta cuestión desde la investigación literaria, puede citarse el texto de María Teresa Gramuglio (2001) “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura argentina de los años treinta”,<sup>9</sup> el reajuste de la década que la autora produce en función de un nuevo análisis del campo literario. La autora discute con lo que considera lugares comunes reproducidos por cierta historiografía y, principalmente, con la visión que tuvieron algunos *contornistas* sobre la literatura y el ensayo de los años treinta, como por ejemplo, la de Juan José Sebreli y su texto sobre Martínez Estrada. El debate radica puntualmente en cuál fue o habría sido el nivel de influencia que tuvieron la crisis capitalista o el golpe del treinta en la escritura de la época, y el lugar que en estos años

<sup>8</sup> Cf. Carlos ALTAMIRANO / Beatriz SARLO: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Ariel, Buenos Aires, 1997, p 241.

<sup>9</sup> María Teresa GRAMUGLIO: “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura argentina de los años treinta”. En: Alejandro CATTARUZZA (dir.): *Nueva historia argentina*, Tomo VII. Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

habría ocupado el ensayo de interpretación nacional. Gramuglio considera, por un lado, que más poderoso que la crisis o el golpe (lo que el lugar común señala que habría signado un dejo pesimista) son las imágenes críticas que los viajeros europeos construían de la Argentina, siendo de tal manera que los ensayos se constituirían como respuesta a tales opiniones. Por el otro, la crítica relativiza la preponderancia o el lugar paradigmático del género ensayístico, proponiendo leer la literatura del período a través de la revista *Sur*.

Señala Gramuglio, en el mismo artículo, que suele armarse una tríada de ensayos de interpretación nacional característica de los años treinta, con *El hombre que está solo y espera* (1931), *Radiografía de la pampa* (1933) e *Historia de una pasión argentina* (1937), englobada y definida por el contexto de la crisis y el golpe de 1930, adjudicándoles de conjunto, como rasgo central, cierto desencanto, o pesimismo llano, frente a los dilemas de la nación. Esbozar una generalidad de este calibre sin dudas achataría las singularidades de los textos. Sin embargo, considerar el contexto de la crisis y el golpe como los cambios producidos durante el período de entreguerras —más allá de la pertinencia o no en cuanto a la unidad de ese *corpus*—, lejos de simplificar una lectura, la enriquece. No negamos que sea atinado considerar el impacto que la visión de los viajeros produjo en el campo intelectual local. Pero del mismo modo que no sería acertado mecanizar un vínculo entre los sucesos históricos y la serie literaria, tampoco lo parece reducir la inquietud vernácula de pensar y narrar la nación a la voluntad de responder a la mirada de los extranjeros.

*El hombre que está solo y espera* bien puede inscribirse en la saga de ensayos indagatorios sobre la nación que intentaron responder y darle sentido al quiénes somos y adónde vamos. Hay en el texto un fuerte fundamento de la homogeneidad imaginada a partir de la constitución de un mito de origen acerca de lo porteño, presentado en el ensayo como correlato, o metonimia, de lo nacional, sin ser por ello contradictorios ni opuestos, mucho menos excluyentes, pues lo porteño se constituye aquí como manifestación del ámbito de máxima expresión de la nacionalidad. En *El hombre...* las referencias a los viajeros son explícitas. Aparecen citados Keyserling, Ortega y Gasset, Waldo Frank, entre otros, y en algunos casos se los cuestiona o bien se comparte algún punto de vista. Sin embargo, la réplica a sus lecturas no pareciera ser la empresa dominante del ensayo, siendo posible postular que éste fundamentalmente intenta comprender la nación y su identidad. Busca dar respuesta o cubrir el vacío producido por algunos procesos históricos contemporáneos cruciales, tanto nacionales como internacionales: desde las repercusiones de la Primera Guerra Mundial, que ponen en cuestionamiento las certezas decimonónicas y

el poder de la Razón, hasta el derrumbe económico en el año 1929 (la primera gran crisis del capitalismo en el siglo XX), pasando por el golpe a Irigoyen y la crisis identitaria específica en el marco del impacto inmigratorio de la Argentina moderna. En cierta medida, el inmigrante sigue siendo el *otro* social que desafía el problema de la nación. Al pensar la nación como problema, Scalabrini Ortiz se pregunta cuál es el colectivo imaginario argentino y qué lugar tienen los inmigrantes en él, quiénes son parte integrante de ese todo social y qué hacer con lo que se considere ajeno. Pero si la nación es una entidad un tanto oscura, una existencia que reúne teorías y estéticas, razones y emociones, alegrías y sufrimientos, pasión y pasividad, *El hombre...*, como síntoma de estas conjunciones, más que dar respuestas o resoluciones precisas, esboza un nuevo replanteamiento de la propia crisis de identidad.

Pocos años después, a partir de su intervención en el alzamiento del Coronel Bosch, en 1933, de su posterior exilio a Europa, en 1934, y de su participación en FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), desde su fundación en 1935, el autor propondrá resoluciones precisas en base a análisis políticos y económicos concretos. En este tipo de artículos,<sup>10</sup> producidos sin descanso desde 1934 hasta su muerte en 1959, denunciará esencialmente las políticas liberales y la intromisión del capitalismo británico, lo que definió una estructura dependiente y nociva para el país, habilitada, según su perspectiva, por cómplices locales.

Entre la fecha de publicación de *El hombre...* y la de sus primeros escritos políticos y económicos pasan tan sólo dos años. Con todo, más allá de algunos tópicos en común o de ciertas anticipaciones respecto de su antiimperialismo, se produce un cambio significativo luego del ensayo del año 1931, tanto en las formas discursivas como en los modos de narrar. Antes de su exilio y posterior participación en FORJA, sus inquietudes sobre lo nacional están claramente presentes (él mismo retoma tópicos desarrollados en *El hombre...*), pero sus propuestas dialogan con espacios más diversos, sitios o revistas culturales como *El Mundo* o *Noticias Gráficas*, incluidos aquellos de renombre literario como *Florida* y la revista *Martín Fierro*. Sin embargo este trabajo no pretende circunscribir el ensayo de Scalabrini Ortiz a ningún programa estético, o ideológico, ni previo, ni específico.

<sup>10</sup> Por ejemplo, los incluidos en *Cuadernos de FORJA* y *Señales*, publicaciones gravitantes como *Política británica en el Río de la Plata* (1936), *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940), culminando con la producción periodística posterior al golpe a Perón en el año 1955, *El Líder*, *El federal*, *Qué*, entre otros.

Debido a algunos rasgos estilísticos particulares (el lugar preponderante de la metáfora, la preocupación por la lengua oral de Buenos Aires, cierta configuración de una confianza u optimismo en el porvenir y el contexto específico de su redacción) los estudios literarios de mayor gravitación señalan que aunque publicado en 1931, pertenece al ciclo martinfierrista, lo que pareciera contribuir a restarle esa *rareza* o pesimismo propio de los ensayos llamados *ontológicos* o *telúricos* característicos de los años 30. Si así se ha señalado, es porque Scalabrini Ortiz escribe *El hombre...* durante su participación en el grupo literario *Florida*, la expresión vanguardista emblemática que propone la ciudad moderna en la década del veinte, y colabora en la revista *Martín Fierro*. Adolfo Prieto advierte que, aunque publicado en 1931 el ensayo denota un clima distinto al generado luego de la crisis económica capitalista mundial de 1929 y el golpe militar que produce la quiebra del régimen irigoyenista en 1930. Si bien hay referencias vinculadas con este contexto histórico, como son las alusiones al segundo triunfo presidencial de Irigoyen y otras referidas a los sectores golpistas, el crítico afirma que predomina otra línea de intereses, relacionada principalmente con las preocupaciones estético-culturales de la década anterior, aquella que coincide con la del *Evaristo Carriego* de Borges, es decir, con una de las preocupaciones fundamentales del grupo martinfierrista: el criollismo. Se suele también considerar que las ideas fundamentales plasmadas en *El hombre...* fueron bosquejadas con anterioridad a los acontecimientos históricos que habrían condicionado una producción literaria menos optimista. En 1928 el autor da a conocer un borrador y ese mismo año Carlos Mastronardi hace una referencia a éste en un artículo titulado *Reflexión inocente sobre tipos literarios*, en la *Revista Síntesis*, n° 18.<sup>11</sup> Tal análisis es contrario a la interpretación que ha tenido menor peso en este terreno y que lo considera una prueba llana y cabal del intuicionismo de los años 30 sin vincularlo estéticamente con la vanguardia. En este sentido, Juan Carlos Portantiero, en *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, publicado en 1961, bajo el título “El camino de la intuición” ubica a Scalabrini Ortiz, junto con otros escritores considerados intuicionistas, Martínez Estrada y Mallea, como un exponente de la crisis que conmovía al país y contrario al *optimismo panglossiano* tradicional de las élites vernáculas dominantes hacia el Centenario. Considera el *vacío* (dado por el fracaso del partido político que representaba el ascenso de la clase media y por lo que generaba mirar hacia atrás y ver la precariedad de algo que no era ya la seductora barbarie ni tampoco la cultura) como la marca constitutiva de la literatura de estos años y respuesta contundente al fracaso

<sup>11</sup> Cf. Adolfo PRIETO: *Estudios de literatura argentina*. Galerna, Buenos Aires, 1969, pp. 59 y 60.

del pensamiento liberal.<sup>12</sup> Otra de las interpretaciones realizadas desde el PCA unos años antes muestra consideraciones similares. Héctor Agosti observa que a partir de 1930 comienza a padecerse “la metafísica telúrica del ser nacional, en lo que supieron coincidir congruentemente los representantes del liberalismo, como Mallea, y los epígonos del nacionalismo, como Scalabrini Ortiz”.<sup>13</sup> Agosti considera a *El hombre...* expresión de la *telurización de la historia*, fundamentalmente por presentar un elemento denominado *espíritu de la tierra* como núcleo de todas las explicaciones. Esta *telurización*, posible proyección del *Facundo* en tanto se impone la soledad pampeana del hombre argentino, implicaría “la pérdida de las sustancias reales del país”. Porque si el *desierto* había sido una vastedad que era preciso llenar con hombres y cosas, la “telurización de la historia implica aquí, por el contrario, la pérdida de esos soportes reales y la presumible hipótesis de que los argentinos somos hombres en soledad por la persistencia de nuestra infinita llanura abrumadora”.<sup>14</sup>

Los cruces y préstamos palpables con diversos tópicos de la época evidencian su heterogeneidad. Encuadrarlo en un paradigma particular obstaculizaría, además, percibir lo que tiene de singularidad intransferible. Hay, sin duda, asuntos y preocupaciones comunes con la vanguardia martinfierrista, fundamentalmente respecto del problema de la lengua,<sup>15</sup> y en particular, con relación al interés y la confianza en la lengua propia. Esta inquietud estuvo motivada también por el impacto inmigratorio y algunas discusiones, principalmente con España, acerca de la tradición cultural. Pero, asimismo, es posible reconocer un universo semántico vinculado con aquel ensayo denominado *intuicionista* o *espiritualista*: centralmente, en la oposición a la razón utilitaria o materialista y en la presencia de un llamado *espíritu de la tierra* y de cierto determinismo de la naturaleza. Aunque en el caso de Scalabrini Ortiz no se reparten pecados ni culpas como en Martínez Estrada, si bien comparte con Mallea —quizás como su absoluto contrario— la necesidad de escribir otra *historia de una pasión argentina*.

<sup>12</sup> Cf. Juan Carlos PORTANTIERO: *El camino de la intuición*. En: *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Eudeba, Buenos Aires, 2011, p. 82.

<sup>13</sup> Héctor AGOSTI: *Nación y cultura*. CEAL, Buenos Aires, 1994, p. 220.

<sup>14</sup> Héctor AGOSTI: *Nación y cultura*, p. 221

<sup>15</sup> Beatriz SARLO: *Una modernidad periférica*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1988, p. 118: “El problema de la lengua es uno de los centrales para la vanguardia argentina, en primer lugar, porque también lo es para la sociedad: la lengua parece insegura no por razones de purismo castizante sino por la situación de puerto franco, entrada inmigratoria, que la ciudad adquirió en las décadas anteriores”.

No obstante, y como un elemento también del mismo fenómeno inmigratorio, la soledad resulta ser la marca distintiva del *El hombre...*<sup>16</sup> No se niega cierta expectativa en un porvenir, pero más allá de la esperanza de la propia espera, ésta, en el aislamiento, también se torna sufriente. Desde esa perspectiva, la soledad se reviste de un condicionamiento telúrico que por momentos pareciera recubrir al hombre de un sino inexorable y desalentador. En esa soledad y espera donde el todo aún es una sumatoria yuxtapuesta de individualidades, lo europeo se constituye como fuerza contraria, a la que hay que oponerse y de la que hay que defenderse, para que lo propio pueda surgir.

La pasión —término que, en su acepción vulgar, quizás resulte un tanto obvio, sin dejar de ser igualmente impreciso, no obstante de gran riqueza semántica, y que Scalabrini Ortiz nunca define con exactitud— se podría pensar como parte de aquello que conforma el apego inexplicable por la nación, pero también, al menos en este caso, como el padecimiento de su propio proyecto: un hombre de *contextura pasional* sufre los avatares de esta tierra pero sostiene, a su vez, esta misma característica como resguardo de su identidad.

Afirma Grüner, en “Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino”, que la pasión es instrumento y objeto del ensayo argentino y su ensayista.<sup>17</sup> También señala que, desde Sarmiento, la Argentina ha sabido cultivar un cierto tipo de ensayo que “es casi un invento argentino”, y a pesar de la heterogeneidad de los ensayistas que entran en la lista, hay algo que los une: “una *pasión* —afirma el crítico—, término, contra lo que se dice, de resonancias estoicas, lo cual no obliga a ningún sufrimiento: nada hay allí de *pasivo*, pese a la ilusión etimológica, salvo que se acepte la aporía de una *pasividad activa*: un apasionado «ir hacia» un reposo (que sólo podría ser el del guerrero) *de y en la palabra*”.<sup>18</sup>

Este sintagma inviable desde el punto de vista racional, *pasividad activa*, podría traducirse también como una espera activa o expectante, supuesta inmovilidad que encierra al mismo tiempo una esperanza. El hombre que está solo pero a la espera de algo, está actuando —o vigilando— en la aparente o

<sup>16</sup> Nicolás ROSA: *La sinrazón del ensayo*, p. 75: “La macrocefalia de Buenos Aires señala [Martínez Estrada], es un obstáculo para el desarrollo de la historia argentina. Las grandes urbes encierran un morbo silente, «soledad» y el «encierro» donde se agotan las «virtudes» de la campaña. Todos los ensayistas argentinos revelan este síntoma: el hombre que está solo y espera, pero no todos coinciden en las causas: al pampa, el desierto, la incomunión, la inmigración, las diferencias sociales, la «ghettificación» de los suburbios y los barrios”.

<sup>17</sup> Cf. Eduardo GRÜNER: *Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino*. En: *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Homo Sapiens, Rosario, 1996, p. 25.

<sup>18</sup> Cf. Eduardo GRÜNER: *Entredichos...*, pp. 24 y 25.

tenza quietud. La pasión radicaría en la insistencia y certidumbre de aquello que *talla* la palabra que se anuncia proféticamente en esa espera a pesar de todo, pues el advenimiento de ese algo parece inminente. Pero la pasión también *talla* la identidad del arquetipo de la argentinidad, para convertirlo en singularidad que trascienda su doble destino de sangre europea y pampa taciturna. Dice Scalabrini Ortiz en *Martín Fierro*, en 1927: “no es ni puede ser motivo de nuestro orgullo la mucha largura de nuestra ascendencia intelectual; muy prontito arribamos al gauchaje. Carecemos de tradición cultural, pero en cambio poseemos uno de los materiales humanos de más extraordinaria contextura pasional”.<sup>19</sup> Este material humano quizás sea la invención necesaria desde la cual se narre la nación posible o al menos el conflicto de su posibilidad.

## 2. La creación del arquetipo de la nacionalidad

Frente a la ausencia de una larga tradición cultural, este material humano intentaría trascender su doble destino de sangre europea y pampa taciturna. Por eso, forjado en tiempo presente, resulta la invención necesaria desde la cual se narre la nación posible. Pues si su existencia radica en la posibilidad de poder definirla y narrarla, su relato deberá asumir un principio u origen preciso y los protagonistas compartir, bajo la óptica de lo propio, los requisitos esenciales de aquello que se admita como lo nacional. Más aún; si la propia historia no parece aportar elementos de peso para configurar un origen y determinar cuál es la identidad nacional que nos agrupa, habría que realizar un ejercicio de imaginación. Quizás por ello, Scalabrini Ortiz admite sin ocultamientos que el protagonista del ensayo fue un producto de su invención: “[...] para no desorientarme en la maraña de variedades porteñas que a veces simulan desdecirse de un barrio y aun de una cuadra a otra, me dilaté en la nada fatua sino imprescindible creación de un hombre arquetipo de Buenos Aires: el Hombre de Corrientes y Esmeralda”.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *Despedida de un meridiano*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995, p. 385.

<sup>20</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*. En: *El hombre que está solo y espera. La manga. Tierra sin nada, tierra de profetas*. Fundación Ross, Rosario, 2008, p. 30.

Una creación, admitida o deliberada, que además le permite generalizar sobre la identidad nacional pero a partir de la indagación de una particularidad: “el que mira todo el bosque de manzanas, no ve más que el bosque. Pero el que se reduce a mirar profundamente una sola manzana puede inferir el régimen de todas las manzanas”.<sup>21</sup> Sin embargo, el todo y la parte no resultan contradictorios ni opuestos: el hombre-arquetipo de Buenos Aires mantiene una relación metonímica con la nación. Con esto, se intenta lograr una suerte de traslación de significado: una identificación del hombre porteño con la nacionalidad, para que resulten cercanos o continuos o las características del porteño se proyecten como rasgos generales de cualquier argentino. Vale decir: se intenta generar una filiación imaginaria con ese hombre-arquetipo para crear una sensación de pertenencia y comunidad. Por eso se señala que lo importante “es que todos sientan que hay mucho de ellos en él”, que vean a su creación como un *croquis activo* de las líneas genéricas de las muchedumbres, que sientan a ese hombre “como la columna vertebral de sus pasiones”.<sup>22</sup>

Según Scalabrini Ortiz, este hombre-arquetipo resulta el protagonista de una novela planeada por él mismo,<sup>23</sup> alguien que no figura en ningún padrón ni en cuentas de los bancos, pero que sin embargo se constituye como el motor del relato de la Argentina moderna, pues se establece como el vértice donde se precipita el torbellino de la nacionalidad, como el centro espinal de las pasiones nacionales que permite visualizar la *viva carne* de la actualidad: en el hombre-arquetipo de Buenos Aires se concentra el drama moderno pero también el resguardo de lo nacional.

En este juego de referencias concretas y declaraciones de inventiva, el autor parece consciente de que el objeto de su pesquisa puede confundir al lector, entonces insiste, dirigiéndose a éste directamente: *no se describe a usted*, por el contrario, aquello que se describe es un arquetipo que *no es usted*, pero que al mismo tiempo *es todos*. Se advierte que tal artificio —aquella manzana a observar para inferir el régimen de todas las manzanas—, además de ser un producto creado, intenta generar zonas de identificación para verosimilizar su apuesta indagatoria buceando entre algunos reservorios típicos. Tal vez por ello mismo se recurre al término *arquetipo*, aunque nunca se lo defina con exactitud ni se lo conceptualice de forma precisa. Pareciera ser utilizado en su sentido más básico, es decir como modelo, pero no en el sentido platónico

<sup>21</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 30.

<sup>22</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 30.

<sup>23</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 30.

de ejemplar y eterno. El arquetipo aquí resulta ser un croquis que, lejos de encarnar una idea de lo virtuoso, insiste en generar identificación con el denominado *hombre porteño medio*. Este hombre, construido en base a hechos concretos, como los cambios urbanos y la inmigración, podría pensarse como una emergencia<sup>24</sup> o señalización de un punto de surgimiento, como el principio de una aparición, que designa también un lugar de enfrentamiento. Podría decirse que, en este caso, las fuerzas enfrentadas que dieron lugar al emergente o arquetipo de Buenos Aires, son el sujeto colectivo de la ciudad y el sujeto colectivo de la inmigración.<sup>25</sup>

En ese lugar y a partir de tal enfrentamiento, se diseña una argentinidad desde la cual se imaginan sus límites y establecen las diferencias entre quienes se alejen del punto neurálgico. No se niega que el resto del país sea parte de la nación, pero se postula que es en Buenos Aires donde habita lo más genuino o representativo de la nacionalidad<sup>26</sup>. Sin embargo, a pesar de este planteo no se oculta la heterogeneidad del territorio argentino; se configura un mito de origen fuertemente centralizado en el que, no obstante, se contiene el caudal inmigratorio de la época sin embarcarse en la típica exclusión al estilo xenofóbico de muchos de sus antecesores. ¿Pero cómo se logra entonces una idea de lo nacional si el territorio es habitado por sujetos que en su mayoría no comparten ni tienen en común una historia de larga data? ¿Cómo se localiza una identidad común en el punto urbano donde confluye semejante heterogeneidad y lo nacional parece tan difuso? Para alcanzar estos objetivos, se utiliza una herramienta clave, aunque difusa e indefinida, que funciona como catalizador del hombre porteño, o aglutinador de la nacionalidad: el *espíritu de la tierra*.

<sup>24</sup> Cf. Michel FOUCAULT: *Nietzsche, la genealogía, la historia*. En: *Microfísica del poder*. Ediciones de la piqueta, Madrid, 1980.

<sup>25</sup> Cf. Oscar BLANCO: *Scalabrini Ortiz: la esencialización de la identidad porteña*. En: ROSA, Nicolás (ed.): *Historia del ensayo argentino: intervenciones, coaliciones, inferencias*. Alianza, Buenos Aires, 2002, pp. 171-188.

<sup>26</sup> Señala Blanco: “si Buenos Aires estuvo en peligro de perder su identidad ante la inmigración, este ensayo es la confirmación y la estabilización de una demarcación: colocar el *espíritu de la tierra*, la esencia y la pureza de la identidad justo allí donde la frontera múltiple que fue Buenos Aires ubicaba antes el cruce y la mezcla de la inmigración. Allí donde la ciudad estuvo en trance de europeizarse” (Oscar BLANCO: *Scalabrini Ortiz: la esencialización de la identidad porteña*. En: Nicolás ROSA (ed.): *Historia del ensayo argentino...*, p. 180). Aunque se utilicen recursos vinculados con el espiritualismo de las primeras décadas, lejos de rechazarse la ciudad moderna (colocando la profundidad de la nación en las provincias del interior, como lo hacían Gálvez o Rojas, por ejemplo), se realiza una operación que centraliza la identidad nacional en un espacio cosmopolita. Este cosmopolitismo no polemiza con el nacionalismo, como lo hiciera buena parte del “cosmopolitismo estético” (Gonzalo AGUILAR: *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina...*); quizás por el contrario, puede decirse que al no negarse *lo ajeno* en tanto componente asimilable de la nacionalidad, el cosmopolitismo ingresa en el texto (la ciudad cosmopolita no se constituye como sospecha que valga la pena negar) como cosmopolitismo de *lo particular*.

*No catalogue vacío de sentido a lo que en el interior de este libro llamo espíritu de la tierra. Si por ingenuidad de fantasía le es enfadoso concebirlo, ayúdeme usted y suponga que “el espíritu de la tierra” es un hombre gigantesco. Por su tamaño desmesurado es tan invisible para nosotros, como lo somos nosotros para los microbios. Es un arquetipo enorme que se nutrió y creció con el aporte inmigratorio, devorando y asimilando millones de españoles, de italianos, de ingleses, de franceses, sin dejar de ser nunca idéntico a sí mismo.*<sup>27</sup>

Pide al lector que, ayudado de su imaginación, se figure a este *espíritu* materializado en un hombre hercúleo, nutrido por el aporte inmigratorio, pero que nunca dejó de ser idéntico a sí mismo; como un hombre que mantuvo su singularidad a pesar de la tan variada ingesta. Se hace posible proyectar una identidad propia sorteando la heterogeneidad, porque el *espíritu de la tierra* resguarda lo propio e impide la conversión del territorio en factoría extranjera. Cuando anota que el hijo porteño de padre europeo “no es hijo de su padre, es hijo de su tierra”,<sup>28</sup> decide realizar un corte para poder dar origen a una identidad por fuera de la sangre y su herencia, una identidad exclusivamente porteña que no le debería nada al extranjero, sino exclusivamente al espíritu de su propio suelo; opinión que cobra un sentido histórico pues el autor está pensando la nacionalidad de un país conformado en su mayor parte con la absorción de grandes caudales inmigratorios.<sup>29</sup>

Este *espíritu de la tierra* es lo que resguarda la argentinidad del territorio y le aseguraba a su creación humana un rostro, una edad, un gesto y una voz propios. Porque el hombre-arquetipo es un varón definido, que tiene más de 25 años de edad y menos de 50: franja etaria delimitada para no ser *los más europeos de los criollos*, como sucede con los mayores de 50, ni estar en riesgo de *norteamericanización*, como puede ocurrirle a los menores de 25. Conlleva una idiosincrasia particular: es el que se reúne con amigos en algún café, gusta del fútbol, del box, se reconoce en las letras de tango y rechaza las *sofistiquerías* intelectuales. Está ubicado en una zona geográfica precisa, la esquina de

<sup>27</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 21.

<sup>28</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 33.

<sup>29</sup> Con posterioridad, en 1957, a propósito de algunos convenios que le quitarían ciertos derechos a los hijos de extranjeros nacidos en el país, Scalabrini Ortiz sostendrá esta postura, aunque de modo más consistente, arguyendo que tanto su ensayo de 1931, como su idea general de la nacionalidad, es un alegato a favor de la doctrina del *jus soli*. Desde su punto de vista, se *es argentino* plenamente por el hecho de haber nacido en esta tierra, cualquiera sea la religión, raza o región del globo de los antecesores, siendo esto posible, no sólo por una cuestión constitucional, sino también por el poder telúrico de la tierra; su capacidad de absorber, resumir y adaptar a quienes la habitan.

Corrientes y Esmeralda<sup>30</sup>: la más céntrica de Buenos Aires, “el vértice en que el torbellino de la argentinidad se precipita en su más sojuzgador frenesí espiritual”. La ubicación y distancia respecto del punto neurálgico se convierte en parámetro de lo nacional, diseñándose una idea y justificación precisas acerca de quiénes son los verdaderos miembros de la comunidad imaginada. El hombre-arquetipo habita en el “centro de la cuenca hidrográfica, comercial, sentimental y espiritual que se llama República Argentina”<sup>31</sup> y claramente lo que se distancie de este punto, tendrá más sabor peruano, boliviano o chileno, suficiente para volver a los más alejados de la capital menos porteños y en consecuencia menos argentinos.

Más una imagen que un concepto, este *espíritu de la tierra* es el catalizador diseñado para definir quiénes son los más argentinos de los argentinos, es el elemento elegido para aglutinar, digerir y homogeneizar a los inmigrantes. Ellos no son aquí elementos perniciosos a erradicar para que la nación progrese, mucho menos en beneficio de sectores elitistas o aristocratizantes, pero deben transformarse o diluirse en el mismo agrupamiento para definir una nueva identidad nacional. Como resultado de tal cohesión, surge el Hombre de Corrientes y Esmeralda, arquetipo porteño representativo de la nacionalidad. Se acepta la estancia moderna del arquetipo y se admite al europeo como parte del colectivo, aunque deba ser conquistado por el *espíritu de la tierra*, digerido, asimilado y luego despachado rápidamente para convertirse en un porteño más *hijo de su tierra*. Se circunscribe así, a pesar de la sangre europea, un conflicto identitario exclusivo entre el hombre-arquetipo de esta tierra, columna vertebral de las pasiones de las muchedumbres modernas, licuadas entre lo nacional y lo europeo, y su propio suelo que pareciera que lo define.

<sup>30</sup> Scalabrini Ortiz ubica al arquetipo-porteño en un espacio que tiene una historia real y compartida, plagado de rasgos considerados esencialmente porteños: los encuentros entre amigos, las tertulias, el tango, los bares. En esa esquina estuvieron los bares más emblemáticos de la ciudad: el bar Rosendo, el café Cabildo y, cercano al momento en el que Scalabrini Ortiz escribe este ensayo, el Royal Keller, un café con una larga tradición en los espacios literarios y artísticos de Buenos Aires.

<sup>31</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, pp. 30 y 31.

### 3. El drama metafísico de la tierra

En mayo de 1926, en el número 27-28 de la revista *Martín Fierro*, Antonio Vallejo<sup>32</sup> publica un texto titulado “Criollismo y metafísica”. A modo de parábola, el escritor relata una escena breve en la que alguien está esperando a un amigo en un bar. El personaje, apesadumbrado, se ubica en el principio de una espera cuya extensión le resulta desconocida. Como su amigo no llega, decide contemplar el vacío de su vaso y reflexionar algunos posibles métodos para extraerlo de allí: “diez teorías en una hora”, se indica que agotó. Y cuando resuelve extender ese vacío transportándolo al tamaño de la sala, su amigo irrumpe en el bar. Rápidamente se sienta en la mesa y le reprocha que lo haya esperado, hasta ese punto y con el vaso vacío. Sin dejarlo hablar pasa a llenárselo abruptamente; quien había estado esperando se ruboriza. Al finalizar el relato, Vallejo advierte una suerte de moraleja: “nos llevaríamos por delante al metafísico, con esta juventud que está sobrando a Europa [...] con este orgullo «ateniense» que me decía Scalabrini Ortiz, de ver desparramarse nuestro Centro, y madurar su pubertad en el sol de las cúpulas y la alegría de los rascacielos”.<sup>33</sup>

Si bien el artículo circula algunos años antes de la primera edición de *El hombre...*, de todos modos ciertas referencias permiten establecer un diálogo. Vallejo define a Scalabrini Ortiz como expresión de la juventud que irrumpe frente al metafísico entretenido en la inacción o la *gimnasia mental*. Lo ubica entre quienes admitirían la *pubertad* de lo propio situado como centro. Resulta, entonces, un exponente de lo que Vallejo denomina *criollismo ametafísico*, rótulo asignado para quien no evoca calles muertas y transita bajo “el sol de las cúpulas y la alegría de los rascacielos”.<sup>34</sup> El criollismo que según Vallejo debe reivindicarse, es aquel que se posiciona en el presente, pero ambiciona un futuro; criollismo de visión contraria al patriotismo que *anhela el pasado* o aspira al *museo histórico*.<sup>35</sup> Si como ya se dijo, Scalabrini Ortiz ubica a su personaje en la esquina más céntrica y cosmopolita de Buenos Aires, es la ciudad moderna la que se erige como escenario. El hombre-arquetipo no

<sup>32</sup> Cf. Antonio VALLEJO: *Criollismo y metafísica*. En: *Revista Martín Fierro*, Segunda época, Año III, n° 27/28. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995, p.197.

<sup>33</sup> Cf. Antonio VALLEJO: *Criollismo y metafísica*, p. 197.

<sup>34</sup> Cf. Antonio VALLEJO: *Criollismo y metafísica*, p. 197.

<sup>35</sup> Aquí Vallejo implícitamente pareciera discutir con Borges. Cf. Antonio VALLEJO: *Criollismo y metafísica*, p. 197.

evade sus transformaciones, sino que las vive y observa<sup>36</sup>. Este ubicarse en el presente, al parecer lo diferencia de aquella actitud que Vallejo denomina irónicamente *frente ciega y espalda vidente*, lo aleja del estilo de quienes dan la espalda a la actualidad volviéndose hacia los antepasados y lo separa de quienes resultan portadores de una *nostalgia ñoña* opuesta a la mirada de aquellos que *ven crecer los edificios en la gimnasia del progreso*.

Scalabrini Ortiz explicita no querer “desenterrar tipos criollos ya fenecidos”<sup>37</sup> y su objetivo declarado es “indagar las modalidades del alma porteña actual”<sup>38</sup>. Desde la perspectiva de Vallejo, anclarse en el presente implicaría alejarse del riesgo metafísico o de la gimnasia contemplativa, y el vínculo con la modernidad garantizaría correrse del lugar del que está varado en el vacío, distanciarse del estancamiento, la inacción y la espera subsumida. Sin embargo, a pesar de explicitarse una indagación actual y de admitirse la estancia moderna de su creación, podría decirse que hay un acento metafísico que recorre el ensayo de Scalabrini Ortiz.<sup>39</sup> ¿Cuál sería ese acento? ¿El hombre-arquetipo no está también a la espera de algo?

<sup>36</sup> Por momentos también la padece; por eso se señala: “la afluencia de extranjeros turistas le agrada y le incomoda, simultáneamente. Su concurrencia testimonia el prestigio creciente de la ciudad, pero le duele que la ciudad carezca de cosas bellas que susciten encantamiento”, en Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 47.

<sup>37</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 23.

<sup>38</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 23.

<sup>39</sup> Su presencia por momentos se hace explícita e incluso se asocia a algunas personalidades veneradas del mundo literario, como en el caso de Macedonio Fernández. En “Libretas de apuntes”, último apartado de *El hombre que está solo y espera* se le rinden honores a este autor considerándolo *el primer metafísico argentino*. El vínculo entre ambos escritores nos es una novedad. Es conocida su amistad pero también el reconocimiento e intercambio intelectual que practicaban. En muchas ocasiones anecdóticas, o en los propios textos, uno hace referencia del otro. Por ejemplo, en uno de los prólogos de *No todo es vigilia la de los ojos abiertos*, de 1928, se dice: “Raúl Scalabrini Ortiz, de quien hurtada, pues sin méritos, poseo la amistad fervorosa, debe decir algo aquí...”. No falta, también, quien afirme que no habría acento metafísico en *El hombre...* sin Macedonio, como tampoco su particular antiintelectualismo. Señala Camblong que Macedonio rescata los escombros de un saber metafísico para construir lo que llama *Idealismo Absoluto*. Más allá de la paradójica y alquimia filosófica, Camblong también señala que “la Pasión ocupa el máximo rango valorativo en el pensar-escribiendo de Macedonio; vestigio romántico, que se amalgama con ecléctica y desprejuiciada libertad, con propuestas estoicas, con rasgos heracliteanos, con posturas cínicas, con conceptismo barroco, con creencias pragmáticas, con juicios estéticos vanguardistas, con una impronta nietzscheana [...] Una rara alquimia paradójica que abomina, con vigorosa obstinación, del racionalismo, del empirismo, de las categorías de la Ilustración kantiana [...] Este complejo universo encuentra en la Pasión [...] el motor, el impulso genuino, la fuerza invencible de toda empresa humana que se precie y a la vez, el principio rector, el poder omnímodo al que responde el accionar más excelsa de hombres y mujeres en búsquedas epistémicas”. Cf. Ana María CAMBLONG: *Ensayos Macedonianos* (selección). Buenos Aires, Corregidor, 2006, p. 185. Volviendo a su veneración en *El hombre que está solo y espera*, allí, p. 91 (el subrayado es nuestro), como primer punto de esa “Libreta de apuntes”, dice: “Macedonio. El primer metafísico de Buenos Aires y el único filósofo auténtico es Macedonio Fernández. Su libro «No todo es vigilia la de los ojos abiertos» es ya una biblia esotérica del espíritu porteño. Todo lo que se pueda decir, ya está en él. Lástima que sólo pocos elegidos pueden salvar el escollo de su idioma enmarañado. *Es un alegato pro pasión*, un ataque al intelectualismo extenuante. Su filosofía es la filosofía de un porteño: es la quintaesencia, lo más puro, lo más acendrado del espíritu de Buenos Aires. Por eso está solo y espera; él es también, en gran parte, un eslabón en que el espíritu de la tierra se encarna”.

*El café es un templo en atrición. Los hombres encorvan ligeramente sus testas y distraen sus ojos en el borde de la taza en que desprenden la ceniza de los cigarrillos. Meditan. Están ensimismados. Hurgan sus días irreconciliablemente distanciados de la realidad. Divagan. En su fantasía moldean sus vidas como una miga de pan. La desunen, la reconstruyen, la llenan de perspectivas. Son artistas sin otra materia plástica que sus propias existencias. Sueñan. Es una decepción más que se infiltra en sus ánimos. Cuando el tango termina, los ojos cansados tienen rastros de un desgano que conoció la ventura. Alguien comenta: “Este pasquín, tiene pocas noticias de fútbol”. Y siguen esperando otro tango.<sup>40</sup>*

En este fragmento, los hombres contemplan una taza con restos de cigarrillos. Son varios alrededor de la mesa, aunque hay cierta inconexión. Reunidos en el café, definido como una suerte de santuario, el hombre está solo, entre otros hombres que también están solos, meditando abstraídos de la realidad. El hombre está solo en una mesa donde no caben las mujeres, porque la ciudad entera está desprovista de ellas. Alrededor de la mesa, estos hombres se sientan y comunican desde el silencio, desde una elipsis que por momentos se intensifica y colma el café, desde el cansancio y el hastío de sus ojos a la espera de que otro tango por fin comience. Parece constituirse un clima de espera sin más acción que la de sostener un cigarrillo y contemplar la taza, el vacío y silencio presentes. En un lugar donde el tiempo no actúa como la simple sucesión lógica de los acontecimientos, el mismo ambiente da la impresión de estar anclado en una espera contemplativa con cierto dejo de nostalgia. Curiosamente, para esta actitud, el texto ofrece una significativa explicación: habría una predestinación irremediable definida por la naturaleza.<sup>41</sup>

¿La pampa moldea los modos de ser porteños? El 10 de junio de 1931, en un artículo de *Noticias Gráficas*, escribe Scalabrini Ortiz:

*La ciudad está contristada y por primera vez en el transcurso de su historia, piensa. Una desazón la perturba. Su reposo es intranquilo [...] Es un sueño suavemente vapuleado por un escosor que no alcanza a ser recelo: la inquietud de una conciencia*

<sup>40</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 50.

<sup>41</sup> Horacio GONZÁLEZ: *Restos Pampeanos*. Buenos Aires, Colihue, 1999, p. 8: “La idea de que hay un carácter colectivo que se presenta como continuidad con la naturaleza es, por otra parte, una de las más ancestrales ideas de la humanidad sobre las imágenes encadenadas que prolongan el mundo natural en la conciencia animada y la conciencia borrascosa en la naturaleza excitada”.

*que aún no se arrepiente de nada, pero que ya ha adquirido la responsabilidad de saber que existe [...] La perplejidad y la indecisión cercenan el espíritu de los más emprendedores [...] Hay simultáneamente la revelación de un gran dolor. La ciudad acaba de descubrir que su esplendor es una servidumbre del campo, lo acaba de comprender por una molestia como el hombre maduro va conociendo sus propios órganos a través de sus malestares: una puntada en el estómago, un fastidio en el riñón [...] La ciudad sabe ahora que ella es también un fruto de la pampa, una gigantesca espiga de trigo, una mazorca de maíz. Al desentrañar el origen de su opulencia, al explorar la inestabilidad de su materia corruptible, la ciudad ya no se siente dueña de sí misma. Sus dos millones de habitantes se arremolinan, confundidos, sin disciplina, sin jerarquías. El escalafón de los temas ha sido arramblado. Ingenieros y zapateros, abogados y mecánicos tienen la atención pendiente de los mismos asuntos [...] La ciudad sigue atónica, apagada y meditativa, como si recién advirtiera en esta transitoria flacura que el destino de cualquier destino es sucumbir.*<sup>42</sup>

Scalabrini Ortiz presenta a la ciudad como un ente vivo, con la particularidad de poder apenarse, moverse y pensarse a sí misma. Ella se asume como un fruto del campo, con la certeza de su sometimiento y caducidad inexorables. Los hombres se amontonan anárquicamente y todos, sin importar posición social o profesión, parecen preocupados por los mismos asuntos. ¿Qué cambió tanto a la ciudad? ¿De qué asuntos están pendientes los hombres? Además de las consecuencias producidas por el ingreso de grandes masas inmigratorias, el país había vivido algunos sucesos significativos que también producirían cambios evidentes. Este fragmento parece estar haciendo referencia a ello: la crisis capitalista de 1929 y el Golpe de Estado de 1930. En efecto, en 1929, en el diario *La Nación*, respecto de las consecuencias de la crisis económica señalaba claramente Scalabrini Ortiz:

*Eran empleados, vivían dentro de una ajustada felicidad mensual y en el peor de los casos con algunas trampas y con algún acierto fortuito en las carreras solían equilibrar su siempre descosido presupuesto. Ahora penden del crédito que los comerciantes se esfuerzan por cerrar y ellos se ingenian por conservar. En torno de cada uno de ellos una secuela de posibles clavados plañe inútilmente. Los cesantes cumplidores se desvelan evocando los fantasmas de los carniceros, sirvientes, dueños*

<sup>42</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ, citado en Norberto GALASSO: *Vida de Scalabrini Ortiz*, ..., p. 105.

*de casa, verduleros. Casi diez mil personas rondan sin trabajo en la ciudad [...] Es una plaga más: la de los cesantes.*<sup>43</sup>

En el ensayo de 1931 se afirma que el hombre se encuentra subsumido en un *drama metafísico*, pues el arquetipo de la ciudad sobrellevaría la influencia de su tierra; llamativamente, incluso habitando en el punto más cosmopolita del país, el porteño posee *la comprensión fatalista de gaucho antiguo*; Buenos Aires se convierte en capital de la pampa. Además, se señala que tal conversión, sucede también porque la ciudad siente la tragedia metafísica del extranjero que inmigra y percibe la situación del inmigrante que trabaja sobre una tierra que en general no le pertenece. El europeo residente en Europa, al contrario, cuenta con un fragmento reducido de ella y por eso se vincula con el tiempo y la naturaleza física de un modo distinto a como sucede en Argentina.

El europeo urbano reproduce las características del que habita en el campo: “el hombre rural europeo no pierde tiempo en pensar”, la “premura de su trabajo le impide ser consumido por el pensamiento de su brevedad”, “no tiene tiempo para saberse preceder”.<sup>44</sup> En cambio aquí, la lucha se define en virtud de la naturaleza espiritual y no de la naturaleza física. La tierra invadida por el extranjero fascinado por su extensión y su riqueza genera algo en el hombre; es una tierra “que amilana los sentidos, que postra la sensualidad, una tierra invisible aún para el cuerpo que la holla, una tierra casi inhumana, impía, chata, acostada panza arriba bajo un cielo gigantesco”.<sup>45</sup> La tierra resulta un elemento animado que determina a la vida misma y al mismo tiempo se presenta muda e inmóvil. El hombre, “frente a ese sosiego pródigo en beneficios materiales”, se dice que “queda alelado por los pensamientos

<sup>43</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ, citado en Norberto GALASSO: *Vida de Scalabrini Ortiz...*, p. 90. Al respecto, puede agregarse que, en la misma biografía, GALASSO, p. 116, relata que Scalabrini Ortiz, en el bar *Los 36 billares*, una noche como muchas, conversando con amigos mientras fumaba y escuchaba tangos, anota desprolijamente en un papel, unas líneas que luego irían a su archivo personal: “las letras de tango son distintas”, “algo cambia en el tono de la ciudad”, “al final nuestro espíritu antitrascendente y enemigo de toda frase con ribetes de ampulosidad, hace que nuestra metafísica y nuestro conocimiento filosófico se refugie en las letras de tango”. Es durante este período, agrega el biógrafo, que suenan algunos tangos que resumirían el drama de la época: ¿*Qué sapa, señor?*, ¿*Qué vachaché y Yira, yira*, de Discépolo; *Al mundo le falta un tornillo*, de Cadícamo y ¿*Dónde hay un mango, viejo Gómez?*, de Canaro y Pelay. Cada uno de ellos expone una sensación de malestar, incertidumbre y desorientación frente a la debacle económica. Se dice que el arquetipo-porteño se identifica con las letras de tango, aunque quizás para Scalabrini Ortiz esto pueda deberse a características intrínsecas del porteño que exceden cualquier coyuntura. De todos modos, tal como señala en *El hombre que está solo y espera*, p. 26, el tango es la “música que dice las amarguras de todos los porteños”.

<sup>44</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 35.

<sup>45</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 35.

y las emociones que flotan como vahos deletéreos”.<sup>46</sup> Entonces la llanura le dice *todo pasa*, porque su invisibilidad parece generar una idea específica del tiempo, siendo ésta la conciencia de su fugacidad: “la pampa no promete nada a la fantasía; no entrega nada a la imaginación. El espíritu patina sobre su lisura y vuela. Arriba está la fatídica idea del tiempo”.<sup>47</sup>

Parece entonces que el carácter del hombre-arquetipo se conformaría a partir de un azar externo o una suerte ineludible que le asigna la naturaleza, pues habría “una predestinación inexcusable que destempla el sino individual del hombre, un determinismo exterior”<sup>48</sup>. Más todavía: la naturaleza aturde con las emociones que sobrevuelan como emanaciones fatales, porque “deprime al hombre que está notoriamente ubicado en la sucesión de la historia natural”; la planicie le impone *su despotismo de silencio y de quietud*, le da hijos *ociosos, taciturnos, sufridos y altaneros*, hombres allanados por la misma tierra. Esta relación de continuidad entre el carácter y la naturaleza —el *conjuro irresistible de esa metafísica de la tierra*, dice el autor— adquirió una preeminencia que quebró la continuidad de la sangre y logró, “tras el gran sacudón inmigratorio que descompaginó su tono”, reafirmar la pampa y que los hombres puedan recomponer su “espíritu de siempre”.<sup>49</sup> Quizás sea éste el acento metafísico más evidente: el carácter del porteño conformado a la naturaleza misma del país<sup>50</sup>, en una ciudad en la que está solo y a la espera, sobrellevando su suerte, económica, política y social, con un dejo de meditación. La experiencia conflictiva con el tiempo (la fugacidad podría simbolizar la ausencia de una tradición milenaria), y en cierta manera con el espacio (no se *es* ni europeos ni originarios de América), conforma un carácter doblemente dramático y una suerte de temperamento meditativo particular arrastrado del desierto pampeano pero que cobra presencia en la ciudad más moderna del país.

<sup>46</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 36.

<sup>47</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 36.

<sup>48</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 56.

<sup>49</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 36.

<sup>50</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 59.

## 4. El habla porteña y la voz de la pasión

Los posicionamientos respecto de la lengua —criterio medular en la definición moderna de la nacionalidad— han sido particularmente significativos tanto en *El hombre...* como en otros textos del período.<sup>51</sup> Resulta paradigmática, fundamentalmente por una intervención precisa de Scalabrini Ortiz, una de las discusiones en *Martín Fierro* motivada por la propuesta de *La Gaceta Literaria de Madrid*, del 15 de abril de 1927. En ella, se plantea que España —Madrid específicamente— debería constituirse como meridiano intelectual de Hispanoamérica o de la América Española, concebida, en un supuesto afán de igualdad, como “prolongación de España”.<sup>52</sup> Las distintas intervenciones que reaccionaron frente a tal pretensión, se separaron de la concepción hispanista respecto de la identidad en general, poniendo de manifiesto la importancia de la lengua como criterio de pertenencia. Más específicamente, ubicaron en la lengua hablada el criterio medular de la nacionalidad.

<sup>51</sup> Para ilustrar este clima de ideas pueden seleccionarse tres escritores cruciales que en los años 20 intervinieron para reflexionar sobre la identidad nacional, específicamente sobre la lengua. En “Carta abierta a «La Púa»”, epístola a modo de presentación para la primera edición de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, Girondo manifiesta el anhelo de cortar lazos con la tradición hispana, pero también la confianza en la propia fonética rioplatense, reivindicando los modos singulares del ámbito territorial y cultural específicos. Dice al preguntarse para qué publicar, en Oliverio GIRONDO: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía. Calcomanías*. Losada, Buenos Aires, 1997, p. 22: “Porque es necesario declararle como tú le has declarado la guerra a la levita, que en nuestro país se lleva a todas partes; a la levita con que se escribe en España, cuando no se escribe de golilla, de sotana o en mangas de camisa. Porque es imprescindible tener fe, como tú tienes fe, en nuestra fonética, desde que fuimos nosotros, los americanos, quienes hemos oxigenado el castellano, haciéndolo un idioma respirable, un idioma que puede usarse cotidianamente y escribirse de «americana», con la «americana» nuestra de todos los días”. En *El idioma de los argentinos*, de 1926, Borges también expone su preocupación por el lenguaje configurando dos grandes enemigos, el academicismo español y la artificialidad arrabalera: “Dos conductas del idioma veo en los escritores de aquí: una, la de los saineteros que escriben un lenguaje que ninguno habla y que si a veces gusta, es precisamente por su aire exagerativo y caricatural, por lo forastero que suena; otra, la de los cultos, que mueren de la muerte prestada del español”. Jorge Luis BORGES: *El tamaño de mi esperanza. El idioma de los argentinos*. Debolsillo, Buenos Aires, 2012, p. 231. Su preocupación resulta centrada en la disociación entre la palabra escrita y la palabra hablada, razón por la cual reivindica a quienes denomina *nuestros mayores*, porque *el tono de su escritura fue su voz*, porque *su boca no fue la contradicción de su mano*. Por último, en las *Aguafuertes porteñas*, de 1928, puntualmente en su “Idioma de los argentinos”, Arlt, a partir de una entrevista de Monner Sans en donde explicita que el idioma en Argentina estaría pasando por momentos críticos frente a la amenaza del *español* lunfardo, compara la gramática con el boxeo. Allí reivindica la creatividad, sencillez y superioridad del lenguaje popular despreocupado por la técnica: “Éste que se escapa de la gramática del boxeo, con sus golpes de «todos los ángulos», le rompe el alma al otro, y de allí que ya haga camino esa frase nuestra de «boxeo europeo o de salón», es decir, un boxeo que sirve perfectamente para exhibiciones, pero para pelear no sirve absolutamente nada, al menos frente a nuestros muchachos antigramaticalmente boxeadores”. Roberto ARLT: *Aguafuertes*. En: *El jorobadito. Aguafuertes porteñas, El criador de gorilas*. Colihue, Buenos Aires, 1994, p. 87.

<sup>52</sup> Guillermo DE TORRE: *Madrid meridiano intelectual de Hispanoamérica*. En *La Gaceta Literaria*, Año I, n° 8, Madrid, 15 de abril de 1927, p. 1. Disponible en: <<http://www.filosofia.org/hem/dep/gac/index.htm>>.

El 31 de noviembre de 1927, se vuelcan en la revista algunas de las réplicas de mayor significación sobre este debate. Bajo el título “Asunto fundamental”, el director, Evar Méndez, publica una nota extensa en la que considera la aspiración madrileña y afirma que semejante pretensión “sólo puede caber en la cabeza de piedra de intelectuales cavernarios”, que de concretarse dicha empresa, se conmovieran “los cimientos de nuestra organización mental” y se torcería “la orientación ideológica y estética de nuestra cultura tradicional que tiene las más altas aspiraciones”, lo cual, finalmente, “equivaldría a borrar de golpe la obra de dos o más siglos de elaboración de nuestra personalidad como pueblo y un siglo por lo menos de pensamiento nacional independiente”.<sup>53</sup>

En este mismo número, escriben González Tuñón, González Lanuza, Rojas Paz y Scalabrini Ortiz. En todas las intervenciones, además de manifestarse diversas concepciones antihispanistas y ridiculizarse la pretensión del meridiano, aparecen puntos de coincidencia en varios aspectos. Rojas Paz afirma que “mientras no se es viejo la vida es un afán de realización y un fervor en el porvenir”,<sup>54</sup> celebrando la confirmación de un pueblo joven que *habla en futuro* y que puede construirse a partir de un impulso expectante y no desde el estancamiento de la vejez. González Lanuza, por su parte, apunta: “¿nuestro meridiano en Madrid? No nos conviene, viviríamos una vida más vieja, nuestro día, es siempre cuatro horas más joven que el suyo”.<sup>55</sup> Vale decir; se acepta la carencia de una tradición de larga data, pero se admite ser parte de una cultura en proceso de formación, reivindicando su juventud. Por eso, González Lanuza plantea la dificultad de encontrar criollos más criollos que los hijos de los turcos (aquí también habría una idea de corte respecto de los padres). América toda resulta un *país de síntesis* y el idioma también es pensado desde esta óptica, como una entidad vital y dinámica que sufre transformaciones inevitables. En este sentido, señala González Tuñón que aunque el idioma sea de España, “nosotros queremos enriquecerlo”,<sup>56</sup> y por

<sup>53</sup> Evar Méndez, en este artículo no sólo retoma los interrogantes acerca de la identidad sino que además defiende la existencia concreta de una *mentalidad argentina*, de un *pensamiento nacional* o una *personalidad como pueblo*. Advierte la necesidad de un nuevo 25 de mayo en el plano moral e intelectual, asumiendo la presencia de una estricta tradición nacional conformada “por la acción y la obra de todos nuestros más grandes hombres de pensamiento, de Sarmiento, Alberdi, Mitre, hasta J. V. González, Agustín Álvarez, Lugones”. Bajo el rótulo de *neoconquistadores*, también acusa a España de ignorar la composición social argentina. Recuerda la afirmación de Gironde en el “Manifiesto” publicado en el N° 4 de la revista: “Martín Fierro tiene fe en nuestra fonética” y retoma la encuesta llevada a cabo en los números 5 y 6. Indica que “necesitando definir la mentalidad argentina”, la encuesta aportó las opiniones de muchos escritores que “afirmaron categóricamente su existencia y definieron sus características”. Evar Méndez: *Asunto fundamental*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45, p. 375.

<sup>54</sup> Pablo ROJAS PAZ: *Carta a los españoles de la Gaceta Literaria*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45, p. 385.

<sup>55</sup> Eduardo GONZÁLEZ LANUZA: *Liquidando un meridiano*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45, p. 385.

<sup>56</sup> Raúl GONZÁLEZ TUNÓN: *A Benjamín Jarnés*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45, p. 385.

eso deviene otro, porque justamente es otro el componente social y cultural de Argentina, cosa que España (y esto lo aseguran todos) desconoce totalmente.

En una columna breve, titulada “Despedida de un meridiano”,<sup>57</sup> Scalabrini Ortiz propone su descargo. En ella, parecen anticiparse esbozos de su propia concepción acerca del lenguaje y de lo propio, centrales en la conformación del arquetipo y en la reivindicación de su habla desarrollados en 1931. Afirma aquí que *carecemos de tradición cultural*, razón por la cual no puede ser motivo de orgullo la extensión o largura de *nuestra ascendencia intelectual*. Al contrario, señala que debe apreciarse lo que efectivamente se posee: “uno de los materiales humanos de más extraordinaria contextura pasional”. Tal contextura, se enfrenta a la frialdad de la razón que en el idioma se manifestaría en la letra impresa: “hay veces que nuestra pasión no se aviene a la injustificada espera de un examen de corrección. El idioma cotidiano —a pesar de los gramáticos— se aleja cada vez más del idioma escrito”. Así, la disociación resulta ser entre la palabra escrita, prestigiosa pero sin fuerza al pronunciarse, y la palabra hablada, bárbara y apasionada, que cuando se escucha y consigue “prenderse a un recuerdo su riqueza en sugerencias las vuelve insustituibles, aunque nuestro conocimiento proponga su rechazo”.<sup>58</sup>

El conocimiento y la pasión resultan dos polos antagónicos que tienen asidero también en el modo de concebir la lengua. Aunque en ningún momento del artículo Scalabrini Ortiz explicita cuál es ese *material humano de extraordinaria contextura pasional* que debe enorgullecernos, todo parece indicar que se refiere al hombre-arquetipo que luego sería el protagonista de *El hombre...*; el tipo criollo, señaló, de arquitectura pasional. Así, el material constitutivo o edificación, sería una suerte de pasión esencial, característica del hombre argentino y de su propio lenguaje, disposición emocional intrínseca a sus modos de ser.

En el artículo de la revista, Scalabrini Ortiz indaga sobre lo propio pero no sólo como réplica coyuntural. Se pregunta: “nuestra alma, indiscutiblemente nueva, ¿logrará crearse una voz propia?”<sup>59</sup> Y con este interrogante, ubica lo propio en la figuración de un *alma*, admitiendo también lo nuevo de su constitución. Pero la efectivización de tal logro es en función de la posibilidad de *crear*, es decir, de construir, modelar, diseñar, en este caso, una *voz* propia. *Voz*, palabra que entre sus varias acepciones también indica un accidente

<sup>57</sup> Cf. RAÚL SCALABRINI ORTIZ: *Despedida de un meridiano*, p. 385.

<sup>58</sup> RAÚL SCALABRINI ORTIZ: *Despedida de un meridiano*, p. 385.

<sup>59</sup> RAÚL SCALABRINI ORTIZ: *Despedida de un meridiano*, p. 385.

gramatical que expresa si el sujeto del verbo es agente o paciente, activo o pasivo. La creación de una voz propia, entonces, puede figurarse como la construcción de un sonido particular o de un modo de sujeto específico del propio enunciado.

Si como él mismo señala, “vivíamos de prestado” y “recién hemos dado en saber que la primavera nos llega en septiembre y no en abril”,<sup>60</sup> la reivindicación de lo propio radica también en la distancia que se tome de Europa, en el desligamiento o despreocupación por una estética ajena. El planteo se vincularía con lograr una autonomía de los modelos y prácticas foráneos o, en otros términos, lograr ser un sujeto agente o activo de lo propio. Pero este ejercicio debe llevarse a cabo de modo espontáneo y sin esfuerzo: “seamos los primeros de lo propio sin decirlo”,<sup>61</sup> señala Scalabrini Ortiz, afirmando, explícitamente, a través de la construcción con el neutro *lo*, la sustantivación de tipo abstracto de algo propio. Habría cosas propias que hay que descubrir y crear al mismo tiempo; cosas como la voz o como la lengua misma que habitan esencialmente la contextura pasional del hombre porteño.

A partir de esta reivindicación, se manifiesta una reflexión específica e independiente de España, configurando un léxico orientado al ámbito de valorización de lo nacional y de anhelo e imaginación de una pertenencia colectiva y autónoma. Por eso en *El hombre...*, en consonancia con aquello que en el “Manifiesto” del n° 4 redactado por Gironde la revista declaraba: “*Martín Fierro* tiene fe en nuestra fonética”,<sup>62</sup> y consecuente con su postura sobre el lenguaje volcada en la réplica citada, Scalabrini Ortiz mantiene esta visión frente al problema de la lengua y la pone en acción en la voz del arquetipo de mayor *contextura pasional*. Tiene *fe* en el idioma propio, pero no en cualquiera de sus expresiones sino en la que formula la genuina idiosincrasia del hombre porteño, valorizando la oralidad frente a la *momificación* de los cánones que la rechazan. Por eso, al reivindicar el lenguaje hablado, pasa revista de una serie de frases populares, y en el capítulo “La rehumanización de la vida”, rescata vocablos representativos de los porteños. El lenguaje es entendido como “la primera fisonomía de sus sentimientos depuradores”,<sup>63</sup> razón por la que se propone llevar a la práctica su acción depuradora con iniciativa lúdica e

<sup>60</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *Despedida de un meridiano*, p. 385.

<sup>61</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *Despedida de un meridiano*, p. 385.

<sup>62</sup> Oliverio GIRONDO: *Manifiesto Martín Fierro*. En: *Revista Martín Fierro*, Segunda época, n° 4, mayo de 1924 [sin firma]. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995, p. 25.

<sup>63</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 83.

infantil: la voz porteña inventa, *crea, retoca, refugia*, “retasa el palabrerío huero y mitiga la oquedad resonante del idioma castellano”.<sup>64</sup>

El porteño desconfía de las palabras que en los libros se retienen; entonces, “las que él emplea, las quiere rebosando intuiciones, sensaciones directas, imágenes vividas y no rótulos de definiciones”.<sup>65</sup> Por eso se reconocerá más en las letras de tango que en cualquier *sofisticuería* intelectual, pues presume “que todas las dudas de Hamlet son tonterías retóricas ante el cúmulo de perplejidades que se arremolinan, se ciernen y se desvanecen en el más mínimo instante de la vida de cualquier patán”.<sup>66</sup> Los vocablos se conciben como ambiguos y equívocos. Cada uno de ellos (*reo, desgraciados, macaneador, pelotudo, macanudo*) involucra infinidad de adjetivos: “no más de cincuenta son estas voces porteñas que aisladas, en la soledad de un diccionario, carecen de significación”.<sup>67</sup> No sería posible encerrar las voces en una acepción, porque las significaciones dependen del *estado de ánimo del que habla*, varían “con la intención que las acentúa, con el gesto que las acompaña, y, sobre todo, con los episodios y anécdotas ya relatados o añadidos o supuestos, referentes a la persona que se califica”.<sup>68</sup> Las palabras se convierten en una cuestión lúdica, de iniciativa verbal y práctica: vocablos concebidos como “pases magnéticos verbales en que se transfunde de un interlocutor al otro una sensación humana completa”.<sup>69</sup>

Al diferenciarse fundamentalmente de la pereza intelectual, su terminología será vivaz y colorida, pues se advierte en la lengua oral el reflejo de una suerte de magia o alquimia que se opera en el hablante. Precisamente, la lengua es valorada como oposición emotiva a la práctica discursiva de los intelectuales. Aunque el porteño no tenga facilidad de palabras, es sumamente vivaz, porque el lenguaje, en realidad, tiene que ver con su actitud: el porteño es el hombre que manifiesta la arquitectura pasional adecuada para configurar una voz opuesta a la razón fría de la letra impresa intelectual.

<sup>64</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 83.

<sup>65</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 83.

<sup>66</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, pp. 83-84.

<sup>67</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 85.

<sup>68</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 85.

<sup>69</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 85.

## 5. La tierra contra el capital extranjero y el problema del imperialismo

Uno de los temas que con mayor ímpetu se proyecta en el resto de su obra y más allá de ella es la postura contra el imperio y la actitud defensiva frente al capital extranjero. Pero puntualmente en *El hombre...* todavía no se especifica cuál es el capital foráneo que sojuzgaría al país, ni los postulados se muestran como el resultado de investigaciones políticas y económicas concretas. Podría decirse que lo que hace aquí Scalabrini Ortiz es configurar virtualmente una base ideológica desde la cual elaborará luego su tesis antiimperialista, apuntada principalmente contra la política británica. Sus fundamentos antiimperialistas en *El hombre...* están relacionados más con la exhortación de una dependencia cuyo responsable es el ideario materialista opuesto al espiritualismo humanista, un dictamen, cabe pensar, constituido principalmente desde cierta óptica crítica surgida durante el período de entreguerras, antes que con teorías económicas concretas o específicas.

El hombre-arquetipo de Buenos Aires se conforma en un escenario donde la tierra y el capital están fatalmente enfrentados. Aquella fuerza o entidad de magnitud espiritual, le hace frente al capital que, aunque lo intenta, *no puede torcer la voluntad del espíritu de la tierra*. Si la tierra no se convirtió en una *factoría extranjera*, fue tanto por este espíritu como por la intuición del hombre. Porque el porteño, según Scalabrini Ortiz, siente que el capital es poder de ingratiudes, por eso su sentimiento no desfallece frente a él, pues *palpita* que el capital es energía internacional. Este enfrentamiento entre el hombre y el capital extranjero tiene un paralelo en la dicotomía *espiritualismo vs. materialismo*: lo material es el capital y todo aquello que en su afán de progreso inanimado avasalla y se opone al espíritu.

Esto se ubica en el marco de la nueva sensibilidad difundida en la primera década del s. XX, de rechazo al liberalismo y al credo del progresismo de 1880. En 1900, el *Ariel* de Rodó contribuía a propagar una reacción antipositivista en los ámbitos intelectuales de América Latina, favoreciendo la conformación de este nuevo ideario que encontraba en la espiritualidad un refugio ante el materialismo y la modernización capitalista, ambos identificados con los

Estados Unidos y representados en el texto de Rodó con la figura de Calibán.<sup>70</sup> Estas observaciones fueron promovidas durante el período de posguerra, en donde distintas y eclécticas búsquedas coincidían en que el positivismo ya no podía dar respuesta a los nuevos fenómenos. Tanto Rodó como Scalabrini Ortiz contraponen a los valores materialistas un fuerte espiritualismo. No obstante, el primero no reniega del liberalismo y hace advertencias inquietantes contra los peligros del cosmopolitismo y la democracia. Por el contrario, Scalabrini Ortiz nunca explicita restricción civil alguna en las decisiones políticas y, tal como se señaló, lejos de renegar del cosmopolitismo en sí mismo, ubica a su arquetipo de la nacionalidad en su punto más vital.

En el espacio más cosmopolita, Scalabrini Ortiz sitúa el *espíritu de la tierra* como fuerza antiimperialista opuesta al materialismo antihumanista, aunque no sólo estadounidense, sino también soviético. Señala en “Libreta de apuntes”, bajo el rótulo de “Abstención”, que “hay una lucha enorme ya planteada y entablada entre dos gigantescas potencias materialistas: EE.UU. y la Rusia Soviética. Ninguna de las dos tiene una migaja de espíritu”.<sup>71</sup> De tal modo, en el contexto posterior a los primeros enfrentamientos bélicos mundiales, en la lucha entablada por el *espíritu de la tierra* contra el capital foráneo, en la vereda del enemigo Scalabrini Ortiz ubica por igual tanto el materialismo norteamericano como el soviético, pues no sería posible, bajo su punto de vista, encontrar soluciones propias con dogmas materialistas y teorías importadas.<sup>72</sup>

Bajo el título “La defección política”, plantea: “Dos fuerzas convergentes en su punto de aplicación, pero divergentes en la dirección de sus provechos, apuntalan la prosperidad del país. Una es la tierra y lo que a ella está anexado y es su índice. Otra, el capital extranjero que la subordina y explota”.<sup>73</sup> Ambas fuerzas, aunque reunidas, tienen direcciones diferentes respecto del bienestar de Argentina: una es la tierra, y su espíritu, la otra es el capital foráneo que

<sup>70</sup> El libro uruguayo surge en un momento en el que el discurso antiimperialista había establecido algunos presupuestos con obras disímiles como las de Renan, Groussac y Martí. Por eso el *Ariel* —como quizás también *El hombre...*— debe entenderse en un contexto político y cultural que ya cuestionaba fuertemente el materialismo norteamericano. Por aquellos años, era común escuchar términos como autonomía, autodeterminación, soberanía, independencia, conceptos que se reforzaron frente a los desafíos de un *afuera* imperial, el nuevo *otro* externo. La oposición rodosiana Ariel-Calibán o latinos-sajones, el iberoamericanismo de José de Vasconcelos, el antiimperialismo de José Carlos Mariátegui, presentado en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana reunida en Buenos Aires entre el 1 y 12 de junio de 1929, intentan fundar una nueva identidad latinoamericana concebida ontológicamente sobre la base del rechazo al imperialismo.

<sup>71</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 93.

<sup>72</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 103.

<sup>73</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 66.

intenta disciplinarla. Pero existen sectores concretos que quieren corromper el *espíritu de la tierra*, lo que sería traicionar lo propio para reafirmar el capital extranjero. Esta es la actitud que adoptan muchos de los políticos del país, y es allí donde radica la *defección política*. Por eso, la vara para medir tal perfidia será el vínculo que los políticos establezcan con el capital extranjero.

En este mismo capítulo, a propósito del rechazo del porteño al poder del capital extranjero, pueden leerse ciertas referencias precisas a los políticos y al contexto de los años 30:

*[...] los radicales perduraron mientras tuvieron presente la idea de su responsabilidad. El pueblo excusaba las pequeñas incorrecciones, el arribismo desafortado, porque dieron al país una cohesión espiritual como jamás había tenido. Pero Yrigoyen, ya muy anciano, se mareó con los ochocientos mil votos de su candidatura. La altanería lo perdió. Su segunda presidencia fue una tanda inacabable de infatuamientos. Soberbia era menoscaba en vano al Parlamento; soberbia, valerse de los hombres menos enteros de su partido. Ahora estamos frente a una soberbia peor. El capital extranjero está en el poder. ¡Quiera Dios que al pueblo no le cueste mucha sangre y desorganización desalojarlo!*<sup>74</sup>

Por otra parte, en una conferencia del 17 de febrero de 1941, Scalabrini Ortiz dijo: “uno de los propósitos que me incitó a escribir *El hombre...* fue el de contrariar las ideas antidemocráticas y reaccionarias que el general Uriburu proyectaba imponernos desde el gobierno”<sup>75</sup>. Más allá de que el autor haya podido resignificar los propios móviles que lo impulsaron a escribir el ensayo, en aquel fragmento las referencias a la segunda presidencia de Yrigoyen, la crítica a algunos vicios y virtudes del radicalismo, y la advertencia acerca de las relaciones entre el gobierno de Uriburu y el capital extranjero parecen muy claras. Acerca del vínculo del texto con estos hechos históricos, puede agregarse que con motivo del Concurso Municipal de diciembre de 1931, por el cual se disparan intensos debates entre los miembros del jurado, debido a la decisión del primer lugar, Scalabrini Ortiz, quien recibe el segundo premio, refiriéndose a la presidencia de Uriburu, en una entrevista radial de ese momento, señala: “yo no había escrito el libro con miras a premio alguno. No pensaba siquiera presentarlo al concurso. Si lo hubiera pensado no hubiera incluido en él frases de oposición al gobierno...”<sup>76</sup>.

<sup>74</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 68.

<sup>75</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ, citado en Norberto GALASSO: *Vida de Scalabrini Ortiz...*, p. 110.

<sup>76</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ, citado en Norberto GALASSO: *Vida de Scalabrini Ortiz...*, p. 116.

Como se señaló, tal como el mismo autor advirtiera, el hombre-arquetipo de Buenos Aires *palpita* que el capital es energía internacional. Cuando un político entra en combinaciones con él: acepta directivas de compañías o representaciones de las empresas, se contrata como abogado, etc., le retira su delegación.<sup>77</sup> Porque el hombre-arquetipo, más allá de su ignorancia en materia de finanzas, *palpita* que el capital extranjero no está al servicio del país y que los políticos plegados a sus mandatos incurren en felonía: “la subconsciencia de la multitud sabe que lo esencialmente argentino es la tierra y el hombre que se apega a ella. Por eso el Hombre de Corrientes y Esmeralda, que tolera la infidencia de todo, es implacable para juzgar la traición política”.<sup>78</sup>

De los papeles personales de Scalabrini Ortiz, Galasso toma estas palabras referidas a *El hombre...*:

*Yo realizaba en mi libro las virtudes de la muchedumbre criolla y demostraba que su valoración no debía emprenderse de acuerdo a las reglas y cánones europeos: daba una base realista a la tesis esencial de la argentinidad, al negar la continuidad de la sangre quebrada entre nosotros por el imperio metafísico de la tierra y sentaba la tesis de que nuestra política no es más que la lucha entre el espíritu de la tierra, amplio, generoso, henchido de aspiraciones aún inconcretadas y el capital extranjero que intenta constantemente someterla y sojuzgarla.*<sup>79</sup>

La lucha aparece planteada entre lo propio (metaforizado en el *espíritu de la tierra*) y lo extranjero (como la otredad utilitaria que oprime a través del capital esclavizador), concluyéndose con la advertencia de que quien no lo denuncie se encuentra a su favor. Si la traición política se mide en función del vínculo con el capital extranjero, si lo propio se encarna en el *espíritu de la tierra* que enfrenta lo foráneo que sojuzga la nación, se anticipa aquí un modo de percibir el dilema nacional en los términos de enfrentamiento entre imperialismo y nación. Scalabrini Ortiz sostiene una posición humanista respecto del capital en sí mismo. No opondrá a él el trabajo,<sup>80</sup> sino más bien advierte que es posible un capital humanista, o la humanización del capital. Por eso su denuncia principal pasa por el carácter extranjero de éste, con la

<sup>77</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 67.

<sup>78</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 67.

<sup>79</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ, citado en Norberto GALASSO: *Vida de Scalabrini Ortiz...*, pp. 105-106.

<sup>80</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 102: “dignifiquemos la palabra patria. Dejémosla que en el reposo se empape nuevamente del espíritu de la tierra. El que la enuncie para disimulo de sus intereses personales, el que la pronuncia como tapujo de sus conveniencias de gremio, de querellas económicas o en simples discordias entre el capital y el trabajo debe ser condenado a cien tundas en las nalgas”.

certeza de que el desarrollo nacional garantizaría por sí mismo la resolución de la lucha de los distintos intereses de clase. Por lo tanto, el enfrentamiento resulta ser entre el capital —no cualquiera sino el extraño, imperial en términos también de su carácter invasivo— y la tierra, lo propio que a ella está anexado, independientemente de la clase.

Lo esencial resulta ser la tierra y el hombre que se apegue a ella. El hombre intuye que el capital es dañino para la nación y no necesita datos ni argumentaciones racionales, porque el hombre porteño conoce, no por la razón sino por la *corazonada*. Quienes no compartan este modo de percibir la realidad serán sus oponentes declarados y denotarán ser un material antagónico al diseñado desde la pasión. Las consecuencias de esta manera de fundar lo esencialmente argentino en relación con la formación de un pensamiento nacional trazan una profunda divisoria de aguas respecto de la figura del intelectual típico.

## 6. El intelectual ante la construcción de lo propio y como oponente de la pasión

Bajo el título “La apostasía intelectual”, Scalabrini Ortiz propone su tesis más contundente respecto de los intelectuales, al tiempo que termina de ceñir una comprensión de la pasión por lo propio. Esa suerte de abandono, retracción y deslealtad que el intelectual portaría como característica inequívoca, se explica también en función de las propias singularidades del hombre-arquetipo. El porteño de Scalabrini Ortiz es *un sentimental*, aunque no quiera serlo, es *hombre de improvisaciones, no de planes*, y consecuentemente con estos atributos, el porteño, además, *no piensa, siente*. Por eso, su aforismo más apropiado no resulta ser el cartesiano, sino aquél que deja a la razón en un segundo lugar: “siento, luego existo”.<sup>81</sup>

También es éste el carácter conformado a la naturaleza del país, o a esa “vida de la ciudad que avanza de azar en azar”, por eso indica: “pampa llana sin mojones para la inteligencia”, “en el caos inextricable de la vida porteña, la inteligencia es incapaz de soluciones”.<sup>82</sup> Puesto que se niega a la razón y ni siquiera los planes son puntos de partida para la existencia misma, su

<sup>81</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 59.

<sup>82</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 59.

norte o guía será aquello ligado completamente a la intuición: “el palpito es la brújula”.<sup>83</sup> Tal cosa no implicaría anular el pensamiento o desvalorizar la inteligencia. Se trataría de orientar estas herramientas al servicio de otra cosa, direccionarlas de manera distinta, trabajarlas en otro sentido: “el porteño admira la inteligencia que actúa desprevenida en un hecho inesperado: la sutileza, la sagacidad, la astucia, «la ranada», la industria, la elección acertada, la elocución persuasiva, y las quisiera para sí”<sup>84</sup>.

Esta suerte de *viveza criolla* menosprecia la inteligencia inspirada en los libros y teorías que están lejos de la práctica y de los sentimientos del común: “el porteño desdeña la inteligencia que se vanagloria de sí misma, la inteligencia que no se aboca a los planteamientos de la vida común, esa inteligencia conceptual que se nutre de libros, de teorías, y no de sensaciones”.<sup>85</sup> La inesperada intuición que guía al hombre porteño se opone a los modos del intelectual que desestima la improvisación y sus perspicacias: “un fondo de desprecio es el honorario que entrega a los intelectuales que al modo europeo improvisan habladorías contra la improvisación. Y esa es una de las causas que en inavenible divorcio separa lo intelectual de lo porteño”<sup>86</sup>; presentándose así su sentencia de desunión.<sup>87</sup>

<sup>83</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 60.

<sup>84</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 60.

<sup>85</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 60.

<sup>86</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 60.

<sup>87</sup> Carlos Altamirano propone recorrer algunas etapas en las cuales la disputa entre elites culturales y pueblo ha sido innegable, comenzando con aquella que el crítico localiza como *una apertura evidente*: las declaraciones que Ramón Doll brindó en “Reportaje publicado en la *Literatura argentina*” (1930), en *Lugones, el apolítico y otros ensayos*. Carlos ALTAMIRANO: *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2005, p. 64: “Para mí la historia de la inteligencia argentina es una historia de deserciones, de evasiones. Jamás, en país alguno, las clases cultas viven y han vivido en un divorcio igual con la sensibilidad popular, es decir, con su propia sensibilidad”. Puede decirse que la reflexión de Doll se encuentra en sintonía con aquello que Scalabrini Ortiz plantea en *El hombre...* Ambos, y en fechas muy cercanas, afirman la deserción del intelectual y el consecuente divorcio con lo popular, ámbito sin dudas polisémico que en Scalabrini Ortiz se traduce como *lo porteño*. Se sabe que el boceto de *El hombre...* fue dado a conocer un par de años antes de su publicación, pero lo cierto es que no puede asegurarse si esta postura figuraba en aquel bosquejo; resulta difícil, entonces, sospechar quién comenzó con la mención de tal divorcio. Aunque la opinión poco satisfactoria que Doll postula sobre el ensayo de Scalabrini Ortiz pueda dificultar ponerlos en paralelo, es posible sostener que existen proposiciones similares en ambas intervenciones respecto de la visión de los intelectuales, posiblemente vinculadas con las condiciones históricas: los cambios políticos a partir del sufragio universal y la victoria del radicalismo, la conmoción de la guerra, la revolución en Rusia y la experiencia fascista, acontecimientos que ponían en jaque el orden liberal hegemónico. Halperin Donghi, en *La Argentina y la tormenta del mundo*, cita lo expresado por Ramón DOLL en la revista *Claridad*, N° 229, 25/IV/1931 acerca de *El hombre que está solo y espera* y su éxito, citado por Tulio HALPERIN DONGHI: *La Argentina y la tormenta del mundo, ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p. 245: “mientras la crítica debió aplastar en el huevo o al salir del cascarón este libro por infantil y verborágico [...] Scalabrini logró la complicidad de posiciones periodísticas estratégicas, donde la bulla tiene mayor resonancia, habló por radio, se hizo reportear, hizo antenas en los pasquines, y hoy nos encontramos frente a un lance de librería que no es, pero que parece un acontecimiento literario”.

El divorcio se plantea en términos de deserción, deslealtad o traición del intelectual, que de una manera o de otra siempre termina alejándose de los problemas de la nación. Desde este punto de vista, el divorcio con lo nacional es el divorcio con lo propio, por eso se advierte que los intelectuales incurren en una suerte de abandono o defección de los sentimientos más elementales: “han sido infieles a los miramientos y emociones nucleares de su infancia, de su adolescencia y de su juventud y quieren sentirse a sí mismos, constantemente, paladear en todo momento el premio de su apostasía”.<sup>88</sup> Habría algo tan esencial como las propias emociones de la niñez que el intelectual traiciona y que Scalabrini Ortiz visualiza a partir de un principio fundamental que definirá el divorcio inexorable entre ellos: escoltar o no escoltar el *espíritu de la tierra*:

[...] el intelectual no escolta el espíritu de la tierra, no lo ayuda a fijar su propia visión del mundo, a pesquisar los términos en que podría traducirse, no lo sostiene en la retasa de valoraciones que ha emprendido. Por eso el Hombre de Corrientes y Esmeralda se reconoce más en las letras de tango, en sus jirones de pensamiento, en su huraña, en la poquedad de su empirismo, que los fatuos ensayos o novelas o poemas que interfolian la antepenúltima novedad francesa, inglesa o rusa.<sup>89</sup>

Se repudia la erudición vanidosa del intelectual, principalmente juzgada por improductiva, pues su utilidad la define el vínculo con el *espíritu de la tierra*, es decir su apego a la nación o a la reproducción de esquemas extranjeros. En el esquema de *vicios y virtudes* que Scalabrini Ortiz pone a funcionar, la jactancia del intelectual se opone al empirismo, sencillez y naturalidad del porteño que no gusta de barajar novedades europeas ni de sus presunciones.<sup>90</sup> Pero además de esta homologación entre lo intelectual y lo europeo ubicados como definiciones en el espacio de lo anti-nacional, hay en *El hombre...* una

<sup>88</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 64.

<sup>89</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 63.

<sup>90</sup> Más allá de la singularidad de *El hombre...* hay rasgos de su argumentación que devienen colectivos, los cuales se proyectan en cierta discursividad de la interpretación histórica nacionalista, particularmente en su vertiente democrática y popular [para esta caracterización cf. María Inés BARBERO y Fernando DEVOTO: *Los nacionalistas*. CEAL, Buenos Aires, 1983], que adoptó un lenguaje ideológico con valores, rituales, terminologías y creencias específicas. Puntualmente, en esta postura de oposición entre lo intelectual y lo propio, Scalabrini Ortiz diagrama uno de los trazos centrales en el universo de creencias y valores culturales y políticos de una de las corrientes nacionalistas posteriores: FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina); postura en la que se reconoce un saber auténtico y nacional, el que portarían los hombres sencillos y de ninguna manera los hombres pertenecientes al ámbito de la intelectualidad.

singularidad que conforma este oponente para el hombre porteño. Se afirma que hay un presente caótico y que “nadie puede vaticinar lo contingible”.<sup>91</sup> Si la naturaleza material de este país está en proyecto, si *los problemas son infinitos*, como se afirma, y de una complejidad demasiado heterogénea, no hay inteligencia que pueda captar el conjunto de tanto caos, ni nadie que pueda pronosticar lo que vaya a suceder: “en el caos inextricable de la vida porteña, la inteligencia es incapaz de soluciones. Solamente el arrojo del instinto induce probabilidades y propicia rutas”.<sup>92</sup>

El porteño atinó con la intuición, única fuente de conocimiento confiable, por eso fomentó la memoria de sus emociones y no la de los conceptos. En cambio, a los intelectuales argentinos les extirparon “todos los sentimientos que en ellos podían alimentar una creencia”. Es, entonces, el mejor oponente para un hombre cuya contextura es la pasión: pasión por el fútbol, por el box, por el café, por el tango, por la amistad, por lo porteño, pasión hasta por la misma figura del caudillo, “ídolo impersonal —dirá Scalabrini Ortiz—, otro símbolo de la misma pasión”.<sup>93</sup> Porque el hombre-arquetipo se emociona no por los hechos, sino por las mismas emociones que igualan a todos los porteños: “todos los porteños se coligan en la fusión de un sentimiento común que soslaya todo descreimiento intelectual”.<sup>94</sup> El intelectual es el antagonista de esta pulsación porteña, porque lo porteño se cifra en las emociones y los

Arturo Jauretche fue uno de los más destacados representantes de esta corriente. Su particularidad radica en que sus escritos contienen un registro cotidiano cargado de ironías, digresiones y una ruptura con las formas tradicionales, característica dada no sólo por proponer ideas contra hegemónicas que impugnaron a la cultura letrada, sino también por participar de una suerte de provocación lingüística a la que le correspondió un nuevo lenguaje político. En sus textos también se manifiesta un rechazo hacia los intelectuales, Arturo JAURETCHÉ: *Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)*. A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1967, pp. 45 y 46: “En el lenguaje llano de todos los días, hilvanando recuerdos, episodios o anécdotas, diré mis cosas como se dice en el hogar, en el café o en el trabajo. Seré muy feliz si el lector adquiere, en esta modesta lectura, el hábito de someter las suyas a la crítica de su modo de pensar habitual, utilizando la comparación, la imagen, la analogía y las asociaciones de ideas con que se maneja en su modo cotidiano. Le bastará esto para salir de la trampa que le tienden los expertos de la cultura”.

Los *expertos en cultura* son los intelectuales que representan la falta de compromiso con la realidad nacional, evasión característica del sector que manifiesta una postura contraria al pensamiento cotidiano, único medio de acercamiento a la verdadera realidad. Para Jauretche, existe un modo nacional de ver las cosas, y aquellos que no se ubiquen en el ángulo de lo propio, y desdeñen esta óptica, decodificarán erróneamente la propia realidad. Los intelectuales trabajarían desviando al pueblo de los problemas reales o, más precisamente, sin comprender ni al pueblo ni a las dificultades existentes. Tanto en Scalabrini Ortiz como en Jauretche, la interpretación de una desconexión entre la mentalidad foránea de los *letrados* y la realista de los *iletrados* se traslada a todos los ámbitos y esferas con la fórmula que enfrenta lo propio, lo nacional, aquello que escolta el *espíritu de la tierra*, con lo extranjero, tanto el capital como las ideas, que lo sojuzga y oprime. A los intelectuales, claramente, se los ubica en la vereda contraria al espíritu porteño y popular.

<sup>91</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 59.

<sup>92</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 59.

<sup>93</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 49.

<sup>94</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 49.

pulsos y no en la fachada o en la fisonomía que parece *tejida en órdenes europeos*: quien sólo mire la superficie creerá estar en Europa, pero no quien se adentre, pues allí únicamente encontrará la esencia argentina.

El *espíritu de la tierra*, metáfora de otra metáfora, del hombre gigantesco nutrido por la inmigración que conforma el arquetipo nacional, es inaccesible para la inteligencia: “no nos une a él más que la cuerda vital del sentimiento” y “cuando discrepemos con sus terminaciones, quizás en el corazón tengamos una avenencia”.<sup>95</sup> Quizás se basen en esta misma y exclusiva unión sentimental y emotiva la advertencia y el llamado final a fortalecer la *creencia* en lo propio, a defender una suerte de *credo nacional* como contrario a la razón foránea: “estas no son horas de perfeccionar cosmogonías ajenas, sino de crear las propias”, “son horas de Biblias y no de orfebrerías”,<sup>96</sup> afirma Scalabrini Ortiz. Lo propio tiene la *contextura pasional* del hombre porteño, metonimia del hombre argentino. Así, trasladado a la esfera de la construcción de lo nacional, el desafío será definir y defender una identidad que *crea* en esa pasión y acepte no confiar en la racionalidad entendida como valor absoluto. Al parecer, la consigna resultaría ser, entonces: crear y creer en lo propio y desde lo propio sin más.

## Conclusión

*El hombre que está solo y espera*, de Raúl Scalabrini Ortiz, es uno de los ensayos argentinos fundamentales acerca de la identidad nacional. Desde perspectivas singulares, aborda una reflexión sobre lo nacional argentino que abarca y excede su coyuntura. Como se puntualizó, el *espíritu de la tierra*, elemento clave que nunca se define con precisión en este ensayo, resulta la herramienta central creada para lograr que la nación no se convierta en *factoría extranjera*, ya que puede enfrentar la materialidad antihumanista del imperio y la fuerza antagónica que asfixia el suelo propio: el capital extranjero. Más una imagen que un concepto, este *espíritu* es un elemento catalizador elegido y diseñado por el autor para aglutinar, digerir y homogeneizar a los inmigrantes, que no son aquí elementos perniciosos a erradicar para que la nación progrese, mucho menos en beneficio de sectores elitistas o aristocratizantes, sino que deben

<sup>95</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 21.

<sup>96</sup> Raúl SCALABRINI ORTIZ: *El hombre que está solo y espera*, p. 65.

transformarse (o quizás diluirse) en el mismo agrupamiento para definir una nueva identidad nacional.

Como resultado de tal cohesión, surge un tipo criollo particular, una de las invenciones más novedosas de este ensayo: el hombre de Corrientes y Esmeralda, arquetipo porteño representativo de la nacionalidad, ubicado en el centro más cosmopolita del país. Opositor de los modelos ajenos, pero también de la razón intelectual, este hombre hace que la pasión tenga un cuerpo; él es la materialización corpórea o *contextura pasional* de la nación. La *pasión* se convierte en elemento constitutivo del arquetipo porteño; asimismo, en un resguardo de lo nacional. Scalabrini Ortiz lo presenta como portador de un lenguaje, un rostro, un gesto y una voz específicos anclados fundamentalmente en el instinto y las emociones. Encarna lo propio y se resguarda en el *espíritu de la tierra*, pero también está atado y determinado por la misma tierra *inasible, inhumana, chata*, que impone su *despotismo de silencio y quietud*, por eso la sufre; características que, aquí juzgamos, están signadas por el clima de la época, vale decir: por el conflicto identitario frente al caudal inmigratorio, por el período de entreguerras y el descrédito de la razón científica, por la primera crisis capitalista mundial y el primer Golpe de Estado argentino. Así, pudo decirse entonces que en este ensayo se relata el desencadenamiento de un trance identitario profundo, en un contexto específico de la Argentina moderna, denominado aquí dilema, conflicto o drama pasional de la existencia porteña, configurado, en efecto, como metonimia del drama nacional.

## Bibliografía

- AGOSTI, Héctor: *Nación y cultura*. CEAL, Buenos Aires, 1994.
- AGUILAR, Gonzalo: *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina*. Santiago Arcos, Buenos Aires, 2009.
- ALTAMIRANO, Carlos: *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- ALTAMIRANO, Carlos / SARLO, Beatriz: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Ariel, Buenos Aires, 1997.
- ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginarias Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

- ARLT, Roberto: *Aguafuertes*. En: *El jorobadito. Aguafuertes porteñas, El criador de gorilas*. Colihue, Buenos Aires, 1994.
- BHABHA, Homi: *Narrando la nación*. En: Fernández Bravo, Álvaro (comp.) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial, Buenos Aires, 2000, pp. 211-219.
- BARBERO, María Inés / DEVOTO, Fernando: *Los nacionalistas*. CEAL, Buenos Aires, 1983.
- BLANCO, Oscar: *Scalabrini Ortíz: la esencialización de la identidad porteña*. En: Rosa, Nicolás (ed.): *Historia del ensayo argentino: intervenciones, coaliciones, inferencias*. Alianza, Buenos Aires, 2002, pp. 171-188.
- BORGES, Jorge Luis: *El tamaño de mi esperanza. El idioma de los argentinos*. Debolsillo, Buenos Aires, 2012.
- CAMBLONG, Ana María: *Ensayos Macedonianos* (selección). Corregidor, Buenos Aires, 2006.
- DE TORRE, Guillermo: *Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica*. En *La Gaceta Literaria*, Año I, n° 8, Madrid, 15 de abril de 1927. Disponible en: <<http://www.filosofia.org/hem/dep/gac/index.htm>>.
- FOUCAULT, Michel: *Nietzsche, la genealogía, la historia*. En: *Microfísica del poder*. Ediciones de la piqueta, Madrid, 1980.
- FUNES, Patricia: *El pensamiento latinoamericano sobre la nación en la década de 1920*. En: *Boletín Americanista*, Año II. Universidad de Barcelona, Facultad de Geografía e Historia, Sección de Historia de América, Barcelona, 1999, pp. 103-120.
- GALASSO, Norberto: *Vida de Scalabrini Ortíz*. Colihue, Buenos Aires, 2008.
- GIRONDO, Oliverio: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía. Calcomanías*. Losada, Buenos Aires, 1997.
- *Manifiesto Martín Fierro*. En: *Revista Martín Fierro*, Segunda época, n° 4, mayo de 1924 [sin firma]. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.
- GONZÁLEZ, Horacio: *Restos Pampeanos*. Colihue, Buenos Aires, 1999.
- GONZÁLEZ LANUZA, Eduardo: *Liquidando un meridiano*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.

- GONZÁLEZ TUÑÓN, Raúl: *A Benjamín Jarnés*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.
- GRAMUGLIO, María Teresa: *Posiciones, transformaciones y debates en la literatura argentina de los años treinta*. En: Cattaruzza, Alejandro (dir.): *Nueva historia argentina*, Tomo VII. Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
- GRÜNER, Eduardo: *Entredichos sobre la decadencia del ensayo argentino*. En: *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Homo Sapiens, Rosario, 1996.
- HALPERIN DONGHI, Tulio: *La Argentina y la tormenta del mundo, ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
- HOBBSAWM, Eric: *Nación y nacionalismos desde 1780*. Crítica, Barcelona, 1991.
- JAURETCHE, Arturo: *Los profetas del odio y la yapa (La colonización pedagógica)*. A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1967.
- MÉNDEZ, Evar: *Asunto fundamental*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.
- *Aclaración*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.
- PAREKH, Bhikhu: *El etnocentrismo en el discurso nacionalista*. En: Fernández Bravo, Álvaro (comp.): *La invención de la nación Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial, Buenos Aires, 2000.
- PORTANTIERO, Juan Carlos: *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. EUDEBA, Buenos Aires, 2011.
- PRIETO, Adolfo: *Estudios de literatura argentina*. Galerna, Buenos Aires, 1969.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la lengua española*. Espasa Calpe, Madrid, 22001.
- ROJAS PAZ, Pablo: *Carta a los españoles de la Gaceta Literaria*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.
- ROSA, Nicolás: *La sinrazón del ensayo*. En: Rosa, Nicolás (ed.): *Historia del ensayo argentino: intervenciones, coaliciones, inferencias*. Alianza, Buenos Aires, 2002.

---

SARLO, Beatriz: *Una modernidad periférica*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

SCALABRINI ORTIZ, Raúl: *El hombre que está solo y espera*. En: *El hombre que está solo y espera. La manga. Tierra sin nada, tierra de profetas*. Fundación Ross, Rosario, 2008, pp. 19-116.

— *Despedida de un meridiano*. En: *Revista Martín Fierro*, Año IV, n° 44/45. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.

VALLEJO, Antonio: *Criollismo y metafísica*. En: *Revista Martín Fierro*, Segunda época, Año III, n° 27/28. *Revista Martín Fierro (1924-1927)*. Edición facsimilar. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 1995.